

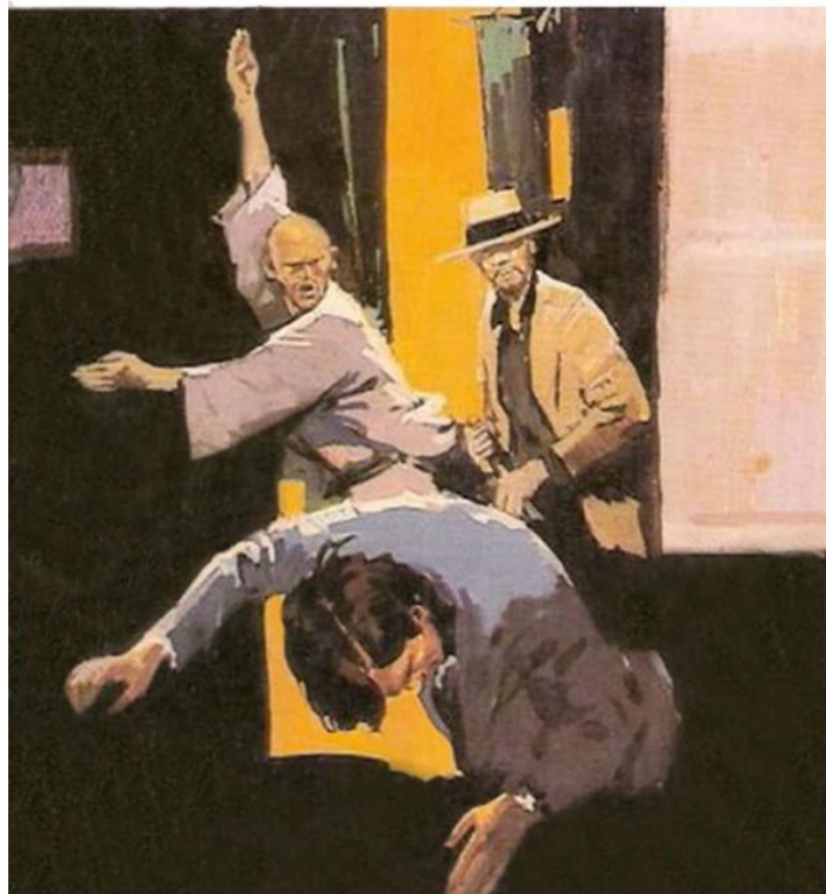
BOLSILLOS BALBUENA

PUNTO

ROJO

**MUERA EN
HONG-KONG;
ES MAS BARATO**

Keith Luger



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE SERIE ROJA:**

1.283 - La historia de Billy *el Melenas*.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.458 - Horror en la casa del crimen.

En Colección **BUFALO SERIE ROJA:**

967 - El Oeste en llamas.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

729 - La venganza.

En Colección **KANSAS:**

657 - Mala hierba nunca muere.

En Colección **BRAVO OESTE:**

581 - Tres hombres van a morir.

En Colección **PUNTO ROJO:**

846 - Muérase y el resto es «Cosa Nostra».

En Colección **CALIFORNIA:**

752 - La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

1.006 - Oro escondido.

En Colección **COLORADO:**

610 - ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección **HÉROES DE LA PRADERA:**

450 - Un reptil en el cuello.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

82 - La chica del rifle de oro.

En Colección **BUFALO SERIE AZUL:**

5 - Asesino Murray.

KEITH LUGER

**MUERA EN
HONG-KONG;
ES MAS BARATO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 851
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B* 21.983 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1978

© Keith Luger - 1978

texto

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camins v Fabrè 5 - Barcelona (España)

agosto, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Larry Sutton estaba tendido en un sofá, la cabeza apoyada en un almohadón.

Una hermosa y atractiva china le ponía cerezas en la boca. Larry las cazaba de una en una, cuando podía, ya que la china tiraba de los rabitos, jugando.

El teléfono empezó a sonar.

—Cógelo tú, Flor de Loto —dijo Larry.

La china atrapó el auricular.

—¿Sí...? ¿Cómo...? Voy a ver si está... —Cubrió el micro con la mano—. Es una mujer. Se llama Judith Morley y pregunta por ti.

—No estoy.

—¿No vas a preguntar siquiera para qué te quiere?

—No.

La china habló otra vez por el micro.

—Lo siento, señorita Morley, pero el señor Sutton no se encuentra aquí... No lo sé... Llame más tarde...

Flor de Loto colgó.

—¿Quién es Judith Morley, Larry?

—No he oído hablar de ella. De modo que olvídale y sigamos con el juego.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció otra china tan bonita y atractiva como Flor de Loto.

—Te llama el patrón —anunció.

Flor de Loto se puso en pie y dio un suspiro.

—Hasta luego, Larry.

—Que te diviertas.

—Yo sólo me puedo divertir contigo.

—Gracias. Eres muy amable.

Flor de Loto salió y la otra china, la que había abierto la puerta, puso un brazo en jarras y se encaminó hacia donde estaba Larry.

—Traidor.

—¿Qué te pasa, Hoja de Sauce?

—Dijiste que yo era el amor de tu vida.

—Y lo eres.

—Flor de Loto está aquí desde hace dos horas. Te voy a sacar los ojos —se abalanzó hacia el sofá, como si efectivamente fuese a sacar los ojos de Larry, pero éste tenía mucha habilidad para tratar con las mujeres e hizo un quiebro.

Hoja de Sauce, al fallar, perdió el equilibrio y cayó sobre Larry y éste la recibió besándola en la boca.

Hoja de Sauce forcejeó un poco, muy poco, y luego colaboró en el beso.

Sonó otra vez el teléfono y Hoja de Sauce apartó la cara.

—Olvídate de eso —dijo Larry, y la volvió a besar.

El teléfono seguía sonando.

—Eh, Larry, ¿no será mejor que atienda la llanada?

—Está bien... ¿Por qué siempre han de interrumpirle a uno?

Hoja de Sauce ya había cogido el auricular.

—¿Judith Morley...? Ah, llamó antes y Larry Sutton no estaba... ¿Quiere saber dónde está? —Miró a Larry, el cual estaba negando con la cabeza—. Pues no lo sé...

Hong-Kong

es muy grande, señorita Morley, y Larry acostumbra a ir por todas partes. Lo siento, señorita Morley, pero no puedo informarle de dónde pueda encontrarse Larry en estos momentos... Está bien. Si lo veo, se lo diré...

Luego colgó.

—¿Qué es lo que tienes que decirme, Hoja de Sauce?

—Esa señorita dijo que se trata de un asunto urgente y que te va a interesar mucho...

—Sí, ¿eh?

—¿Quién es?

—Oye, le dije antes a Flor de Loto que no sé quién es Judith Morley. Y te lo repito a ti.

—No te pongas de mal humor o te rompo un jarrón en la cabeza.

—¿Tú a mí?

—Sí, yo a ti. —Hoja de Sauce alargó la mano para atrapar un

jarrón, pero Larry tiró de ella. Otra vez sus bocas se juntaron.

En un momento determinado, Hoja de Sauce separó sus labios y dijo:

—¿A quién quieres tú, Larry?

—Quiero al mundo, la tierra, los árboles, las flores...

—¿Cuándo vas a llegar a las mujeres?

—Muy bien. Ya llegué a las mujeres... Os quiero.

—A todas, claro.

—Oye, Hoja de Sauce, ¿cuántas veces te he dicho que jamás me enamoraré de ninguna?

—Un hombre se debe de enamorar por fuerza de una mujer... De una sola, ¿lo entiendes?

—Entonces soy un monstruo porque me enamoro de todas, y ahora estoy enamorado de ti —dijo Larry y la volvió a besar.

—¿Por qué me vuelves loca, Larry? ¿Por qué?

—Porque me porto bien contigo.

—Sí, te portas bien conmigo y con las demás.

—No lo puedo remediar.

—Y por eso están todas locas por ti.

—Eh, no tanto. Mary Lou quiso matarme el otro día con un cuchillo.

—Porque no la llevaste al campo como dijiste.

—No pude. Tenía mucho sueño y me quedé dormido. La idea de ir al campo fue de Mary Lou. ¿Y sabes a qué hora se le ocurrió ir a ver las margaritas? A las nueve de la mañana, justamente cuando acababa de acostarme... Además, por si te sirve de algo, Mary Lou y yo hemos hecho las paces.

Hoja de Sauce pasó el dedo índice por el hoyo que Larry tenía en el mentón.

—Larry, he pensado mucho en ti.

—Y yo también contigo...

—No sabes lo que voy a decir. De modo que, cállate.

—Muy bien, me callaré, pero sólo hay una forma de hacerlo —fue a besarla otra vez y ella se retiró.

—No, Larry, te lo tengo que contar todo hasta el final. Luego, si quieres, me besas.

—¿De qué se trata?

—Tengo bastante dinero ahorrado.

—Vaya, una muchacha bonita y rica... Señoras y caballeros, qué gran ocasión se pierden... ¿Quién quiere casarse con Hoja de Sauce?

—Tú.

—¿Eh...?

—He dicho que tú debes casarte conmigo.

—¿Yo...? ¡Oh, no!

—Larry, vives a salto de mata. Apuesto a que no tienes más de un dólar en el bolsillo.

—Te equivocas porque tengo un dólar cincuenta. Anda, te invito a almorzar.

—¿Y qué harás cuando se te acabe el dólar cincuenta?

—Todavía no lo he pensado.

—Larry, eres un caso perdido. Te estoy proponiendo que seas mi esposo y ya no tendrás que preocuparte de nada. ¿Sabes cuánto dinero tengo?

—No me lo digas.

—Quince mil dólares.

—¡Te dije que no lo quería saber!

—He tenido buenos clientes, tú lo sabes.

—Basta, Hoja de Sauce.

—Entiendo. No te quieres casar con una...

—No lo digas... Debes saber que eso para mí no tiene importancia. Te voy a decir más. Te prefiero a una de esas muchachas inglesas tan puritanas que se ven en Hong-Kong...

Cada cual tiene sus gustos y el mío es alternar con chicas como tú, como Flor de Loto y como Mary Lou, que conocen la vida y que saben cómo agradar a un hombre... Sois mis mejores amigas, Hoja de Sauce, y yo me porto bien.

—Un hombre nunca se debe portar demasiado bien con una mujer porque ella termina enamorándose de él, y eso es un delito por tu parte.

—¿Delito, Hoja de Sauce?

—Sí, un delito, puesto que haces lo mismo con las demás.

—Muy bien. Imponme la pena.

—Debería arrancarte el corazón.

—Antes me querías arrancar los ojos, ahora el corazón... ¿Qué

me arrancarás luego?

—Con el corazón bastaría.

—No, ahora no, me harían un trasplante.

—Me aseguraría de que estabas muerto para que no te hiciesen el trasplante.

La joven china se echó a llorar.

—Eh, ¿qué te pasa ahora? ¿Por qué lloras, Hoja de Sauce?

—Porque quiero llorar —la china sacó un pañuelo y se enjugó los ojos—. Me había hecho ilusiones con respecto a nosotros. Me han ofrecido una casita en las montañas por quinientos dólares.

—Entonces te he librado de hacer un mal negocio. En la época de las grandes lluvias esa parte se convierte en un infierno.

—Ya me preocupé y la casa está sobre la roca.

—Muy bien. Cómprala para cuando te cases. Eres muy bonita y encontrarás hombres por docenas dispuestos a convertirse en su esposa.

—¡No quiero a ninguno, sino a ti, Larry!

—Eso lo dices ahora... ¿No sabes lo que es el matrimonio?

—Nunca estuve casada, ¿y tú?

—Tampoco, pero muchos amigos se casaron. ¿Y sabes qué les pasa a ellos? Tendrían que oírlos. Siempre están protestando, siempre echando pestes... No, querida, eso no se ha hecho para mí.

—¿Ni siquiera si la novia aporta quince mil dólares?

—No, Hoja de Sauce.

—Tengo, también, alhajas.

—Enhorabuena.

—Valen lo menos dos mil dólares. Puedes establecer un negocio, Larry... Con tu simpatía, tendrías muchos clientes y ganaríamos dinero. Hasta podríamos ser ricos. Hay muchos americanos como tú que vinieron a

Hong-Kong,

¿y qué son hoy? Yo te lo diré. Gente importante.

—No quiero ser un hombre importante.

—Algunos de ellos están casados con chinas.

—No tengo nada contra las chinas... Tenéis una ventaja, nunca engordáis, y eso siempre es algo a considerar.

—Está bien, Larry. Lo haremos como tú quieres.

—¿Eh?

—Viviremos juntos en la casita. Sólo eso, viviremos juntos.

—Pero ¿qué clase de tipo crees que soy yo?

—Un sinvergüenza simpático.

—Sí, es posible que lo sea para algunas cosas, pero no para eso. No, pequeña, yo nunca he vivido a costa de una mujer. Conque vete al demonio con tus quince mil dólares en efectivo, tus dos mil dólares en joyas y con tu casa en la colina...

—¡Ahora es cuando te lo hago pagar!

Esta vez logró atrapar el jarrón y lo abatió sobre la cabeza de Larry, pero éste, se dio impulso en el sofá.

Los dos cayeron en el suelo y el jarrón se hizo pedazos.

—¿Quieres estarte quieta, gata montesa?

—Sólo me estaré quieta cuando te haya arañado la cara. Entonces no te podrá mirar ninguna mujer.

—Tampoco me mirarías tú y no te podrías casar conmigo.

Siguieron rodando hacia la puerta, ella dando gritos, y fueron a tropezar contra unas piernas femeninas.

La posadera de las piernas se tambaleó y chocó contra la pared.

Larry había quedado encima de Hoja de Sauce, apretando los brazos femeninos contra el suelo. Entonces alzó la mirada y vio la mujer con la que habían tropezado.

Era un ejemplar de su misma raza, una joven morena, que poseía el rostro más bello que había visto en su vida, de mejillas ligeramente hundidas, ojos negros y grandes, busto desarrollado. Se cubría con un vestido estampado sin mangas, sus brazos estaban maravillosamente formados y también lo estaban sus piernas.

—¿Señor Sutton?

—Sí, soy yo.

Hoja de Sauce gritó desde el suelo, aprisionada por Larry:

—¡Sí, éste es el miserable, el bandido, el canalla de Larry Sutton, señorita como se llame...! ¡Y será mejor que se largue antes de que hable dos palabras con él...!

—¿Quién es usted? —preguntó Larry Sutton sin hacer caso de la intervención de la china.

—Judith Morley.

CAPÍTULO II

—¿Judith Morley? Oh, sí, la de las llamadas telefónicas —dijo Larry.

—¿Quiere decir que estaba aquí cuando llamé?

—Sí, señorita Morley, pero estaba ocupado.

—Disculpe que le diga que es usted un incorrecto.

—Señorita Morley —gritó la china desde el suelo—, váyase antes de que este hombre la engañe. Es el más embustero que haya encontrado en toda su vida.

—Tengo que hablar con usted, señor Sutton.

—Hágale caso a Hoja de Sauce y váyase.

—No quiero marcharme.

—A propósito, ¿cómo la dejaron subir hasta aquí?

—Un hombre me dijo dónde lo encontraría.

—Me refiero a Helen, la que está abajo.

—Le di una propina.

—Mientras subía la escalera pudo cazarla uno de esos marineros que frecuentan este lugar.

—Ya me cazó uno.

—¿Y cómo lo arregló?

—Con un bolsazo.

—Debe pesar mucho su bolso.

—Sí, señor Sutton. Tiene una pistola dentro, aunque no la llegué a utilizar. Bastó con el primer golpe.

Larry miró a Hoja de Sauce.

—Nena, tendremos que suspender la pelea por algún tiempo.

Se apartó de ella y lo hizo muy aprisa porque la china trató de pegarle una patada.

La china se puso en pie, arreglándose el vestido y respiró entrecortadamente mientras observaba a Judith Morley.

—Señorita Morley, ya se lo he advertido. No se fíe de él.

—Gracias. Sólo me fiaré lo preciso.

—Eso decimos todas y no nos sirve con Larry, señorita Morley. Se lo aseguro.

—Ya le he dicho que le agradezco el consejo.

Hoja de Sauce salió rápidamente de la habitación y pegó un portazo.

Larry se estaba pasando el dedo por el cuello de la camisa.

—¿Un *whisky*, señorita Morley?

—No, gracias.

—Me permitirá que lo beba yo.

—Como quiera.

Larry se acercó a una mesa en donde había una bandeja con una botella y varios vasos. Se sirvió una copiosa ración. Bebió un trago y miró a la joven que continuaba arrimada a la pared.

—¿Qué le pasa, señorita Morley?

—¿A qué se refiere?

—Está ahí parada como si me la fuese a comer.

—No, ya sé que no me va a comer, pero si lo intentase...

—Oh, sí el bolsazo o la pistola.

—Con usted tendría que ser la pistola.

Larry rió divertido.

—¿De qué se ríe? —dijo ella mientras echaba a andar hacia el centro de la estancia.

—De usted.

—Recuerde mi pistola.

—¿Vino a eso? ¿A ajustar las cuentas por cuenta de alguien? Ha dicho que se llama Judith Morley... Morley —repitió—. No, no he conocido en mi vida a nadie que se llame Morley.

—No he venido a ajustar las cuentas por cuenta de nadie, señor Sutton.

—De acuerdo. Vino en son de paz. ¿Quiere decirlo de una vez, señorita Morley? ¿De qué se trata? Pero le advierto que no voy a aceptar, sea lo que fuere.

—Entonces, ¿por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad por las llamadas telefónicas y su atrevimiento al venir aquí.

—Quiero que encuentre a mi esposo, señor Sutton.

—¿Su qué?

—Mi esposo —repitió Judith Morley y alargó la mano derecha para que él viese el anillo de casada.

—¿Cuándo lo perdió, señora Morley?

—No me hable en ese tono.

—¿Qué tono?

—Se está burlando. Está hablando de mi esposo como si yo hubiese perdido a mi perro o un objeto \ cualquiera.

Larry hizo una reverencia.

—Disculpe, condesa, pero si vino a buscarme es porque alguien le informó de mí, y esa persona debió decirle que no soy un hombre de buenos modales. No fui a Oxford, señora Morley.

—No me importa dónde aprendiese a leer y a escribir. No lo necesita para encontrar a mi esposo... Richard y yo vivimos en San Francisco. Se separó de mí hace tres semanas. Vino a Hong-Kong

y no he vuelto a saber de él.

—¿A qué se dedica Richard?

—Negocios de importación y exportación.

—¿Quiere decir que tenía negocios en Hong-Kong?

—Sí.

—¿Con quién concretamente?

—Con la firma Bronkers.

—¿Cuándo llegó usted a Hong-Kong?

—Ayer.

—¿Ya habló con los de Bronkers?

—Sí.

—¿Y qué le dijeron?

—No saben nada de mi esposo.

—¿No vino Richard hace tres semanas?

—No, señor.

—¿Fue usted a la policía, señora Morley?

—Sí, ayer, después de visitar a los Bronkers, y esta mañana el capitán Stephen Howard me dio el informe de su investigación.

—¿Cuál fue?

—Mi marido no vino a Hong-Kong,

quiero decir que no consta en ninguna lista de pasajeros.

—¿Qué medio de locomoción iba a utilizar su marido al salir de San Francisco?

—El avión.

—¿Le consta a usted que salió en avión?

—No.

—¿Lo verificó allí?

—No se me ocurrió. Mi marido debió salir el 23 de octubre de San Francisco, pero la policía asegura que a partir del 23 de octubre ningún pasajero llamado Richard Morley llegó a Hong-Kong en avión.

—¿Es eso todo?

—Sí, señor Sutton, es todo.

—Señora Morley, es usted una ingenua. Su marido se debió largar con otra.

Las mejillas de Judith se colorearon.

—¡Es usted un bruto, señor Sutton!

—Puede llamarme lo que quiera.

—Está acostumbrado, ¿eh?

—Le aseguro que me dedican cosas peores.

—No hace falta que lo jure. Ya oí antes a esa china.

—¿Volvemos a lo de su marido, o prefiere que demos por terminada nuestra entrevista? Si quiere, puede marcharse. No le voy a cobrar nada por su visita.

Judith apretó los dientes. Estaba llena de furia.

—Continúe, señor Sutton.

Larry dio unos pasos por la estancia. Se detuvo muy cerca de Judith y bebió un trago de *whisky*.

—Hable de una vez —exclamó la joven—. Deje de examinarme como si fuese un bicho raro.

—Tranquila, señora Morley, tranquila.

—¡Ahora comprendo por qué está aquí!

—¿Se refiere a

Hong-Kong?

—No. Me refiero a esta casa. Ahora comprendo por qué trata con estas mujeres y por qué ellas le ofrecen dinero, y se enamoran de usted.

—Vaya, parece que estuvo mucho tiempo detrás de la puerta.

—Pero no lo hice intencionadamente.

—Oh, sí, usted oyó una pelea y se detuvo porque resultaba feo entrar en un momento como ése. Sin embargo, entró cuando estábamos rodando por el suelo.

—Tuve miedo por ella. Creí que usted le podría hacer daño.

—Y trató de evitarlo.

—Sí.

—Señora Morley, no discutamos mis cuestiones personales. Recuerde que está aquí por un asunto suyo.

—Me estaba hablando de mi esposo, de su teoría acerca de que se fue con una rubia.

—No dije una rubia, ni una pelirroja. Sólo cité una mujer.

—No es posible que Richard me hiciese eso.

—¿Por qué, señora Morley?

—Porque Richard me quiere, está enamorado de mí.

—Eso es lo que usted dice.

—¡Es la verdad!

—Señora Morley...

—¡No vuelva a decir que soy una ingenua!

—No, no le iba a decir eso, pero quiero ser realista. Se supone que los esposos adoran a sus esposas... Es lo que ustedes juran en cierto momento solemne. Prometen amor para toda la vida, hasta que la muerte los separe... Pero luego las cosas cambian... Es usted atractiva, señora Morley, sí, es usted muy bella.

—Pase por alto eso.

—No había ninguna alusión personal, señora Morley. Me refería a que su esposo tuvo fundados motivos para enamorarse y casarse con usted... Dígame, ¿cuánto tiempo llevaban casados?

—Cinco meses.

—¿Sólo cinco meses?

—Sí, y tendrá que conformarse con mi palabra porque no traje conmigo el certificado de matrimonio.

—De acuerdo, de acuerdo, le admitiré eso sin necesidad del certificado. Le llevaría demasiado tiempo conseguir uno.

—¿Cuándo va a dejar de hablar con sarcasmo, señor Sutton?

—Infiernos, yo sólo pretendo meterle un poco de sentido común en la cabeza.

—¿Cómo se atreve?

—¡Sí, sentido común! Su esposo la amaba, señora Morley, pero un día se cruzó en su camino otra mujer. Está pasando desde hace miles de años, y seguirá pasando por otros miles, hasta que este planeta reviente. Usted confiaba en Richard y él no tuvo valor para decirle: «Oye, nena, de aquello que existía entre nosotros cuando nos casamos en aquella bonita iglesia, no queda absolutamente nada. Ahora amo a otra mujer y me voy con ella, porque estoy seguro de que a su lado encontraré la felicidad que perdí...». ¿Le gusta más así, señora Morley?

Se hizo un silencio entre los dos. Estaban muy quietos, mirándose a los ojos.

Al fin, Larry recuperó el movimiento y se llevó el vaso a los labios, bebiendo de un solo trago el *whisky* que contenía. Se acercó otra vez a la mesa y se sirvió una nueva ración.

—Usted no conocía a Richard —dijo Judith.

—¿Para qué tenía que conocerlo?

—Para darse cuenta de que Richard no me habría hecho una cosa así.

—Ya le he dicho que es usted muy hermosa, señora Morley, pero hasta las muy hermosas pierden a sus maridos.

—¡Cállese! ¡Yo no me refería a mi belleza!

—¿A qué, entonces?

—Si mi esposo hubiese encontrado a otra mujer como usted dice, me lo habría dicho.

—No deja de ser una suposición suya, señora Morley.

—Voy a admitirle algo, señor Sutton. Que Richard no se hubiese atrevido a decírmelo cara a cara. Me habría escrito una carta. ¿Lo oye? Me habría escrito de cualquier parte donde se encontrase para contarme todo eso que usted dijo con tanto sadismo.

—¿Sadismo?

—¡Sí, eso he dicho! ¡Sadismo! «Oye, nena, de aquello que existía entre nosotros cuando nos casamos en aquella bonita iglesia...».

—¡Está bien, está bien, no repita mi lote de palabras!

—Me gustaría hacer otra cosa en lugar de repetírselas, señor Sutton.

—Hacérmelas tragar, ¿eh?

—Sí, señor Sutton, me gustaría hacérselas tragar todas, una a

una...

—Hay una pregunta que me quema en los labios, señora Morley. ¿Quién le aconsejó que me buscase?

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—Yves Blain.

—¿Ese francés carne de presidio? ¿De qué lo conoce usted?

—No lo conocía... Estaba en la oficina de la policía. Se enteró de mi situación.

—Sí. Yves se entera de muchas cosas. Tiene radar en las orejas.

—Después de mi visita volví al hotel. Yves me siguió.

—¿Se había escapado o lo habían soltado?

—Lo soltaron.

—Vaya, el capitán Howard se está volviendo humano. ¿Y qué le dijo de mí, Yves, esa rata?

—Que tenía un amigo que conocía

Hong-Kong

como la palma de su mano, el mejor para encontrar a una persona desaparecida.

—¿Todo eso dijo?

—Agregó que era Larry Sutton y que estaba mejor relacionado que la policía porque tenía amigos en todas partes.

—La próxima vez que vea a Yves le romperé las narices.

—¿Por qué, señor Sutton?

—Porque no me gusta su negocio. Puedo trabajar sin obtener resultados. Usted dice que su marido está en

Hong-Kong,

pero yo le digo que puede estar en el Congo, en la Rivera francesa, o en Turquía...

—Está en

Hong-Kong.

—A usted no la puede convencer nadie. Ni la policía, ni los de la firma Bronkers, ni yo. Richard le dijo: «Me voy a Hong-Kong».

¡Y aquí tiene que estar él hasta que se acabe el mundo! ¿Qué es lo que estaba esperando Richard para aparecer, señora Morley, que usted llegase?

—Ya llegué y no ha aparecido.

—Quizá porque no puso un anuncio en los diarios.

—Lo puse.

Judith abrió el bolso, extrajo un trozo de papel recortado de un diario y lo alargó a Larry. Éste lo tomó y al hacerlo rozó con sus dedos la piel de ella.

—Fue publicado esta mañana —dijo Judith.

Larry leyó el anuncio que decía así: «Judith Morley gratificará con cien dólares a la persona que le facilite noticias acerca del paradero de su esposo Richard Morley. Dirigirse al hotel Wilson, habitación 34».

—¿Le respondió alguien?

—No. Pero ya le dije que salió esta mañana. Dejé encargo al gerente del hotel para que recibiese los avisos. ¿Puedo usar su teléfono? Quisiera preguntar.

—Claro. Puede usarlo.

Judith se sentó en un sillón y Larry pudo ver sus piernas hasta más arriba de la rodilla. Eran perfectas. Judith marcó en el dial.

—¿Hotel Wilson...? Soy Judith Morley... ¿Cómo dice? Repita eso, señor Halliday... ¿Está seguro...? ¿A las nueve...? Sí, señor Halliday... Gracias.

La joven colgó muy conturbada.

—¿Qué le han dicho? —preguntó Larry.

Judith se puso las manos en las sienes.

—Richard... Richard llamó...

—¿Cuándo?

—Hace media hora.

Larry se echó a reír y lo hizo con fuerza.

Ella se revolvió más furiosa que nunca.

—¡Deje de reír ya! ¡No le conté ningún chiste!

—¿Ha olvidado todo lo que pasó aquí, señora Morley? Hemos armado una de las buenas, discutiendo y discutiendo los dos... Hubo un momento en que pensé que iba a sacar la pistola para agujerearme.

—No me faltaron ganas, pero no soy una asesina.

—Suerte para mí... Ande, dígame, ¿qué fue lo que dijo su maridito? —Al ver el rictus de los labios agregó—: Disculpe, disculpe... Pero es una costumbre mía.

—Es una costumbre suya burlarse del matrimonio.

—Olvídelo, señora Morley. Su caso me está apasionando y quiero saber el final... ¿Qué dijo su esposo al del hotel?

—No dijo nada. Sólo que me llamará esta noche a las nueve.

Larry dio un suspiro.

—Enhorabuena —alzó el vaso—. Por los esposos Morley, que volvieron a encontrarse.

Ella se levantó. Quiso decir algo, pero no encontraba las palabras.

—Creo que debo disculparme, señor Sutton.

—No, no se disculpe.

—Me puse violenta.

—Yo estuve grosero.

—Dígame qué le debo pagar.

—¿Eh?

—Quiero pagarle, señor Sutton.

—Lárguese, señora Morley.

—Le hice perder su tiempo.

—No, no me lo hizo perder. Me gusta hablar con mis semejantes y, contra más variedad encuentre en ellos, resulta mejor. Usted fue de una clase especial.

Judith echó a andar rápidamente hacia la puerta, pero antes de salir, volvió la cabeza.

—¿Ya va a empezar otra vez? —gritó ella.

—No lo decía como insulto.

Larry la estaba observando mientras daba vueltas al vaso entre sus dos manos.

—De todas formas, gracias por todo, señor Sutton.

—De nada, señora Morley, y espero que disfrute de una grata estancia en Hong-Kong...

Ah, y que la explicación de su marido le baste a usted.

Judith salió de la estancia.

Larry se estaba sirviendo otra ración de *whisky* cuando entró Flor de Loto.

—Larry, una noticia para ti... Tengo la tarde libre. ¿Qué te parece si nos vamos al lago?

—No, gracias. Tengo que hacer.

—¿Dónde?

—Quedé con un amigo.

—Llámale y dile que irás con él otro día.

—¡No puede ser! ¡Es una cita importante!

—Si quieres dinero...

—¡No quiero dinero!

Larry dejó el vaso en la bandeja y se encaminó hacia la puerta.

Flor de Loto se colgó de su cuello y lo besó en los labios.

—Larry, tú no me quieres...

—Claro que te quiero —le sonrió él.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, es una mentira, pero me gustan tus mentiras cuando son como ésa.

Lo besó otra vez y entonces, Larry le quitó los brazos de su cuello y salió definitivamente de la habitación.

No había acordado ninguna cita, y cuando estuvo en la calle, se preguntó por qué no aceptó la invitación de Flor de Loto. Demonios, eso no era normal en él. ¿Había sido por Judith Morley? Al diablo con las mujeres, se dijo, y continuó andando.

CAPÍTULO III

Judith Morley estaba muy nerviosa en su habitación del hotel Wilson. Había fumado un cigarrillo tras de otro.

A cada momento consultaba su reloj. Aún faltaban cinco minutos para las nueve.

Por fin iba a tener noticias de su marido. Richard iba a hablar con ella y le explicaría a qué se debía su silencio.

Sonó el timbre de la puerta y la joven sintió un sobresalgo. Permaneció unos instantes inmóvil y de pronto pensó que podía ser Richard. Sí, era eso, Richard se había decidido a visitarla en lugar de llamarla por teléfono. Corrió hacia la puerta y la abrió.

—¡Richard!

No, no era Richard, sino aquel hombre que respondía al nombre de Larry Sutton.

—¿Usted?

—Vine a saludar a un amigo al hotel y me acordé de usted. Bueno, subí un momento para preguntarle si va todo bien.

—Aún no son las nueve, señor Sutton.

—Oh, es verdad. Lo había olvidado. Richard dijo que la llamaría a las nueve.

—Sí, eso es, y ahora adiós.

—¿No quiere que me quede con usted?

—¿Para qué?

—Podría necesitarme...

—No, señor Sutton, no lo necesito para nada. De todas formas, gracias por haber venido. Hasta la vista.

Ella fue a cerrar la puerta pero él alargó la mano y la detuvo.

—¿Qué quiere ahora, señor Sutton?

—Señora Morley, he estado pensando en ese lío de usted.

—No hay ningún lío.

—Quiero decir que Richard, su marido, va a llamarla por

teléfono, y por tanto debió leer el anuncio del periódico.

—Sí.

—¿Por qué no decidió venir personalmente?

—Oiga, ése es un problema que no tiene importancia ahora. Tendrá sus razones. Además, Richard me dirá que lo espere aquí y que no tardará en llegar.

En aquel momento sonó el teléfono.

Judith no cerró la puerta, se volvió y echó a correr.

Atrapó el auricular de la mesilla de noche y gritó:

—¿Sí?

—Hola, Judith.

—¡Richard!

—¿Cómo estás, Judith?

—Muy bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Estupendamente.

—¿Qué ha pasado, Richard?

—No te lo puedo decir... Escucha, Judith... Tienes que ir a cierto lugar. Allí nos encontraremos. Entonces te lo contaré todo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, Richard. Dime dónde he de ir.

—Al Muelle de la Lluvia. Está en el lado oeste. Hay muchos juncos en la orilla y luego verás unos almacenes... Te estaré esperando ante el almacén de la Compañía Exportadora Trinker, ¿lo entiendes?, Compañía Exportadora Trinker... Dentro de una hora. A las diez en punto.

—Richard, yo...

Ya habían colgado a la otra parte.

Judith dejó el auricular en la horquilla.

—¿Malas noticias?

Judith volvió la cabeza y enarcó las cejas al ver a Larry.

—¿Qué hace usted ahí?

—Nos estábamos despidiendo cuando sonó el teléfono... ¿Qué le pasa, señora Morley? Está muy pálida.

—Es la emoción.

—¿Era Richard?

—Sí, era él.

—¿Le ha contado por qué guardó silencio durante estas tres semanas?

—No.

—¿Y cuándo se lo va a explicar?

—Dentro de un rato.

—¿Dentro de un rato?

—A las diez.

—Entiendo, va a venir aquí.

—Nos vamos a reunir, pero no en el hotel.

—¿Dónde?

—Oiga, ¿por qué lo pregunta?

—Ya se lo he dicho, su asunto cada vez me interesa más. Todo es muy extraño.

—Ya no hay nada extraño, señor Sutton.

—¿Cómo que no? Pensé que su esposo no estaría en

Hong-Kong,

fue lo que le dije, y ahora resulta que está y que ha hablado con usted por teléfono, pero no ha venido al hotel... ¿Dónde se reunirá con él?

—No se lo diré, señor Sutton y le agradecería que se marchase.

—Oiga, señora Morley,

Hong-Kong

no es una ciudad occidental.

—Qué gran noticia.

—Quiero decir que

Hong-Kong

no se parece a ninguna ciudad del mundo. Usted es una mujer. No puede andar por ahí sola y sobre todo de noche.

—¿Por qué me quiere asustar, señor Sutton?

—No pretendo asustarla, sólo hacerle comprender que en cualquier momento puede encontrarse en peligro.

—Cuando crea que estoy en peligro, acudiré a la policía.

—Podría darse el caso de que la policía quedase muy lejos de su alcance en el momento en que la necesite... No me interrumpa, señora Morley. Le hago una oferta. Yo la acompañaré hasta el lugar en donde ha quedado citada con su marido. No la molestaré. Tiene mi palabra. Y por ese trabajo, sólo cobraré lo que usted quiera pagarme.

—¿Lo hace por eso, señor Sutton? ¿Por ganarse un poco de dinero?

—Recuerde. Usted escuchó a través de la puerta de aquella habitación, en el café de *madame* Crisantemo. Me quedaba un dólar con cincuenta centavos, y ahora sólo tengo los cincuenta.

Judith pensó en el mensaje de su marido. Tenía que ir a aquel lugar que no conocía, a las diez de la noche.

—Está bien, señor Sutton. Vendrá conmigo.

Larry le sonrió.

—Trato hecho. ¿Dónde hay que ir?

—Al Muelle de la Lluvia.

—Lo conozco bien, pero es muy grande.

—Delante del almacén de la Compañía Trinker.

—Bueno, no lo recuerdo. Allí hay centenares de almacenes, pero será fácil dar con él.

—Será mejor que nos pongamos en camino.

—Estoy preparado. Cuando quiera, Judith.

Abandonaron el hotel. Las calles estaban tan concurridas como si fuese de día.

Larry tomó del brazo a Judith.

—Si no la cojo, se puede perder.

—No se preocupe. No me perderé.

El la dejó libre, pero al cabo de un rato, el gentío los separó.

Judith se encontró rodeada por chinos.

—¡Larry...!

Miró a un lado y a otro sin encontrar a su guía. Por fin apareció ante ella.

—¿Dónde se metió, Larry?

—A usted la arrastraron, pero no la perdí de vista.

—Está bien. Cójame del brazo.

Continuaron andando así y ya no se separaron.

Al fin llegaron a los muelles. Las embarcaciones eran viviendas de donde escapaban fuertes olores. De vez en cuando, oían llores de niños.

—¿Cómo es posible vivir así, señor Sutton?

—¿A qué se refiere?

—¿Es que no lo ve? Esas personas viven miserablemente.

—Ellas no se dan cuenta. Nacen y mueren aquí.

—Pero ¿qué hacen por evitarlo?

—Es un problema un poco complicado, señora Morley. Ésta es

una ciudad internacional, un territorio muy pequeño con una población fabulosa que crece día a día. No se puede dar cobijo a tanta gente.

—¿No son aquéllos los almacenes?

—Sí. Ahí están.

Andaron junto a los almacenes, y ya habían recorrido quinientos metros, cuando la niebla empezó a espesarse.

Doblaron hacia la derecha, en donde la niebla apenas dejaba ver lo que había delante, a un par de metros.

Judith dio un grito al ver un bulto moverse. Era un chino que estaba agazapado junto a un montón de basura.

—¿Qué hace ese hombre? —preguntó Judith...

—Está buscando alimento. Ese almacén habrá sido recién barrido y es posible que pueda encontrar algo entre los desperdicios.

—Huele a podrido.

—Es lo que tendrá que llevarse para él y los suyos.

—No gaste bromas, señor Sutton.

—Le aseguro que no es ninguna broma, pero si quiere convencerse dese una vuelta por los hospitales o por las clínicas. Verá miles de personas desnutridas. Hasta mueren de hambre.

—Oh, no...

—Sí, señora Morley. Ha venido usted al mayor vertedero del mundo.

—¿Por qué está usted aquí?

—¿Eh?

—Le he preguntado por qué está usted en Hong-Kong.

—Da lo mismo estar en un sitio que en otro.

Judith lanzó un chillido. Larry la sostuvo. Delante de ellos había aparecido un extraño personaje, las piernas desnudas, la cara horrible. El ojo derecho era un enorme agujero. Se apoyaba en un bastón y alargaba su mano huesuda. De sus labios escapaba algo parecido a una canción, un tarareo ininteligible.

Larry depositó una moneda en la palma de la mano huesuda.

El extraño personaje hizo una reverencia y desapareció en la niebla.

—Le dio su moneda, señor Sutton —dijo Judith.

—Sí, ya estoy arruinado, pero lo hice por usted.

—¿Qué?

—Quiero decir que si hubiese estado solo, no le habría dado la moneda. Vi otros cuatro mendigos escondidos. Si no le entrego la moneda, nos habrían asaltado.

—No es posible.

—Le dije que podría comprobar lo del hambre, y los enfermos, pero no dejaré que compruebe lo de los mendigos. Sería peligroso... Por cierto, señora Morley, su marido ha tenido un pésimo gusto al citarla aquí. Ya hemos llegado. Ése es el almacén de los Trinker.

Judith leyó lentamente debido a la niebla.

—Sí, no hay duda. Compañía Trinker.

A un lado y a otro había montones de sacos asegurados con una tupida red.

—Ahora debo pedirle un favor, señor Sutton.

—Dígame.

—Tiene que dejarme sola. No puedo esperar a Richard en su compañía. Espéreme donde nos encontramos con ese mendigo. En cuanto haya hablado con mi esposo, nos reuniremos con usted.

—No sé si es conveniente.

—Vino aquí porque lo contraté. Tengo que pagarle por su trabajo. Esta vez tiene que obedecerme.

—Está bien, señora Morley. Me marcharé, pero prometa una cosa.

—¿El qué?

—Si ve algo raro, grite.

—¿Por qué voy a gritar?

—Por eso, por si ve algo raro.

—¿Se refiere a otro mendigo?

—Me refiero a un mendigo o a cualquier otra cosa.

—De acuerdo, señor Sutton. Gritaré.

—Trato hecho —dijo Larry conforme a su costumbre.

Dio unas palmadas en la mano de Judith y se alejó de ella.

Judith gritó y él dio media vuelta y echó a correr.

Ella cayó en sus brazos.

—¿Qué pasó, Judith?

—Ahí, bajo esos sacos, se movió algo.

Larry se acercó al lugar en donde ella señalaba y vio dos ojos

fosforescentes.

—Es sólo un gato, Judith.

El felino dio un maullido y echó a correr.

Larry regresó junto a Judith, quien respiraba entrecortadamente.

—Puede marcharse, Larry.

—¿No será mejor que me quede?

—No. Quiero que se vaya.

—Está bien, está bien... Me voy.

Larry se alejó nuevamente de Judith y ésta quedó a solas, mirando a un lado y a otro.

Se hizo la misma pregunta que le había dirigido Larry. ¿Por qué Richard la había citado en un lugar como aquél? Se estremeció pensando en que hubiese tenido que llegar allí a solas, sin la compañía de Larry.

Oyó un ruido como de pasos. Venían de la pared del almacén. Sí, justo por detrás de uno de los montones de sacos.

—¿Richard? —preguntó.

No le contestó nadie.

Tampoco pudo oír los pasos porque en aquel momento sonó la sirena de un barco, un pitido largo, ronco.

Judith se acercó al montón de sacos.

La sirena del barco enmudeció, pero ahora no oyó los pasos.

—¿Richard...?

—Sí —oyó una voz.

Dio la vuelta corriendo y se detuvo al ver al hombre que había allí, entre la niebla. Vestía de oscuro, con abrigo, sombrero de fieltro echado sobre la cara, y defendía los ojos con gafas oscuras. Tenía la misma talla que Richard.

CAPÍTULO IV

—Richard..., ¿eres tú? —dijo Judith.

—Sí, querida.

Notó algo raro en su voz.

—Ven aquí, Judith.

La joven titubeó. Tenía la impresión de que sus zapatos habían sido clavados al suelo.

Entonces aquel hombre sacó la mano del bolsillo del abrigo y ella vio que manejaba un cuchillo.

Quiso gritar, pero no pudo. Las cuerdas vocales se le habían paralizado.

—No hace falta que vengas, querida. Yo iré por ti.

Judith retrocedió y golpeó contra los sacos y fue entonces cuando de su garganta brotó el chillido.

El hombre se abalanzó sobre ella, el brazo levantado para hundirle el cuchillo en el cuerpo.

De encima de los sacos, algo cayó sobre el asesino. Era Larry Sutton.

Judith vio cómo los dos hombres rodaban por el suelo. La lucha fue feroz porque el individuo del cuchillo bajó dos veces el arma para apuñalar a Larry, pero éste logró burlarlo.

El cuchillo se hundió en carne, pero no fue en la de Larry, sino en la del tipo con gafas oscuras.

Larry se levantó respirando entrecortadamente.

Su enemigo estaba despatarrado en el suelo, inmóvil.

—¿Está... muerto? —murmuró Judith.

—Sí. ¿Es Richard?

—No, no puede ser. No hablaba como él.

—Venga aquí y compruébelo.

Larry se había agachado y le quitó las gafas al muerto.

Judith vio la cara del hombre. Podría tener cuarenta años de

edad y era de facciones angulosas.

—No, no se parece en nada a Richard.

—Será mejor que nos vayamos de aquí.

—Pero ¿y mi marido?

—Su marido no vendrá.

—No comprendo nada, señor Sutton.

—Oiga, Judith, usted habló por teléfono con alguien. ¿Está dispuesta a jurar ahora que fue Richard?

—Parecía su voz... Espere, este hombre era un ladrón que no tiene nada que ver con Richard. Quiso robarme.

—Señora Morley, no me marché adonde vimos al mendigo. Me escondí tras esos sacos y por eso pude oírles. Usted dijo: «Richard, ¿eres tú...?». Y él contestó: «Sí, querida».

—¡Dios mío, es cierto! —Judith se llevó una mano a las sienes. Estaba confusa—. Pregunté si era Richard y me contestó afirmativamente. Pero ¿por qué? ¿Por qué todo esto...?

—Yo tampoco le puedo responder... Marchémonos de aquí cuanto antes.

—Sí, Larry.

La cogió nuevamente del brazo y se alejaron de aquella parte del muelle y poco después, llegaban a la orilla en donde se amontonaban las embarcaciones que los chinos utilizaban como viviendas.

Esta vez los lloros de los niños, los gritos, las canciones, fueron para Judith como un sedante, porque le hicieron ver que había regresado de aquel mundo de pesadilla que había encontrado ante el almacén de la Compañía Trinker.

Llevaban un rato caminando en silencio.

—Entremos aquí —dijo Larry.

Estaban ante un café. Judith se resistió y él, que la seguía sujetando por el brazo, dijo:

—No se preocupe. No es un local como el de *madame* Crisantemo.

Entraron.

El establecimiento, como había dicho Larry, no era como el de *madame* Crisantemo, pero la atmósfera estaba llena de humo y se veía a gente extraña por su vestimenta y por su rostro. Allí se habían dado cita todas las razas del mundo. —Preferiría un lugar

más fresco— dijo Judith.

—Tengo que hablar con un hombre, un amigo al que le voy a pedir un favor para usted.

—¿Para mí?

—Sí. Tiene relación con Richard.

Ella ya no protestó, y tomaron posesión de un reservado. Vino una camarera muy mona.

—Hola, Larry. Hace tiempo que no te veía por aquí. No era enteramente china, sino mestiza.

—Tuve trabajo, Patty.

—Ya lo veo —repuso la atractiva joven dirigiendo una mirada intencionada a su acompañante.

Larry carraspeó:

—¿Qué va a tomar, Judith?

—Té.

—Ya lo sabes, Patty. Té y *whisky*.

La camarera se marchó.

—¿Lo conocen en todas partes, Larry?

—En casi todas.

—¿Cuánto tiempo lleva en

Hong-Kong?

—Cuatro años, puede que cinco...

—Soy una tonta, ¿verdad?

—No.

—Pero se lo debo parecer. Le estoy haciendo preguntas cuando me acaba de ocurrir la cosa más terrible de mi vida. — Tranquilícese.

—¿Por qué ha ocurrido todo esto? ¿Por qué, Larry? —Lo solucionaremos con un poco de paciencia.

—¿Cree que es cuestión de paciencia?

—No hay que perder la calma. Quisiera que me contestase algunas preguntas acerca de Richard.

—Está bien. Pregunte.

—Usted dijo que su marido se dedicaba a negocios de exportación e importación.

—Sí.

—¿Algún socio?

—No. Richard era independiente.

—¿Algún empleado?

—Sí. Una empleada.

Larry guardó silencio y ella agregó:

—No piense que se marchó con ella. La señora Martin es viuda, y, para decirlo todo, tampoco es muy agraciada.

—De acuerdo. Prescindiremos de la señora Martin. ¿A qué tenía que venir Richard a Hong-Kong?

—Debía firmar un contrato con Bernard Bronkers. Richard iba a importar algunas mercancías.

—¿Qué clase de mercancías?

—Juguetes.

—Usted fue a hablar con esa firma, don los Bronkers.

—Hablé personalmente con Bernard Bronkers.

—¿Qué le dijo?

La joven se humedeció los labios.

—Que no había firmado ese contrato con Richard y que no lo había visto desde hacía un año.

—¿No cambiaron correspondencia acerca del contrato?

—No.

—Entonces hemos de llegar a la conclusión de que el motivo del viaje de Richard era otro. ¿De acuerdo, Judith?

—Sí, estoy de acuerdo.

—¿Le dijo algo más Bronkers?

—No. Nuestra entrevista fue corta. Tuve la impresión de que yo estaba haciendo el ridículo y me despedí muy aprisa...

—¿No habló con nadie más?

—Sólo con el capitán Howard.

—¿Le explicó a él lo de Bronkers?

—Sí, claro, pero no le dio importancia. Quiero decir que adoptó la misma actitud que usted. Con seguridad pensó que Richard me había dado una excusa para marcharse de mi lado.

—Ahora estoy convencido de que hay algo más.

—¿Por qué está convencido?

—Por lo que pasó. Respondieron a su anuncio. Hicieron una llamada al hotel Wilson.

—Fue Richard.

—No tiene la seguridad de que fuera él.

—Era su voz.

—Una voz se imita. Además, no está dejando en muy buen lugar a su esposo. ¿Cree que la iba a citar él para que ese hombre la matase?

Judith se apretó las sienes.

—Tiene razón.

—¿A qué otros negocios se dedicaba su marido, Judith?

—A ningún otro. Sólo a negocios de exportación e importación.

—¿Y siempre exportaba juguetes?

—No.

—¿Qué otra cosa importaba de Hong-Kong?

—Maquinaria en general... Pero no me pregunte concretamente la clase porque no lo sé... Verá, Larry, Richard y yo no hablábamos mucho de sus negocios.

—¿Cuándo conoció a Richard?

—Hace ocho meses.

—¿En San Francisco?

—Sí, en San Francisco.

—¿A qué se dedicaba usted?

—Soy profesora. Daba clases como auxiliar en la Universidad. Conocí a Richard en una fiesta, simpatizamos, empezamos a salir juntos y, bueno, eso fue todo... Nos casamos.

Patty llegó con el té y el *whisky*.

—Patty, ¿ha llegado Chou Wang?

—Lo vi hace un momento.

—Dile que quiero hablar con él.

—Sí, Larry.

Patty volvió a salir del reservado.

Larry bebió un trago de *whisky* y vio que Judith no había tocado su taza de té.

—Beba su té. La reconfortará.

Judith estaba bebiendo su té cuando entró un chino.

—Hola, Larry.

—¿Cómo te va, Chou?

—Mal con los naipes, bien con los dados.

—La señora es Judith Morley. Busca a su esposo. Supuestamente llegó aquí hace tres semanas, pero en ninguna parte saben de él.

—¿Cuál es el nombre completo del desaparecido?

—Richard Morley.

—Te daré noticias, Larry.

—Espera un momento, Chou. Intentaron matar a la señora Morley. Supuestamente, su esposo le dio una cita en los muelles.

—Señora Morley, nosotros tenemos un proverbio: «Más vale ser viuda que dejar viudo». Enhorabuena. —Hizo una reverencia y desapareció.

—¿Quién es, Larry? —preguntó Judith.

—Uno de mis amigos preferidos para encontrar una aguja en un pajar.

—Quiero volver al hotel, Larry.

—Muy bien. ¿Puedo pedirle algo?

—Sí, Larry. ¿Qué cosa?

—Un préstamo.

—Oh, sí, lo olvidaba. No tiene dinero. —Judith abrió su bolso y sacó un fajo de billetes—. Tome.

—¿Cuánto hay ahí?

—Unos cien dólares.

—No quiero tanto. Con diez tendré bastante.

—Quédese con los cien. Tendrá que pagar a Chou y algunas otras cosas. Cien dólares era lo que pensaba ofrecerle cuando nos vimos por primera vez.

—De acuerdo. Me quedaré con los cien dólares, pero le haré una liquidación al final.

Ella lo estaba mirando a los ojos.

—Larry, todavía no me ha explicado por qué aceptó mi encargo después de haberme rechazado tan bruscamente.

—Chou no le habló de otro proverbio: «Piensa dos veces las cosas antes de decidirte» —sonrió—. Yo sólo lo había pensado una vez cuando usted se marchó del café.

Fueron al hotel Wilson y Larry acompañó a Judith hasta la puerta de su habitación.

Larry sacó un papel y escribió en él apoyado en la pared. Se lo dio a Judith.

—¿Qué es esto?

—Mi número de teléfono por si me necesita. Me alojo en el hotel Concordia. No es muy recomendable. De modo que no venga por

allí. Usted marque el número y me tendrá aquí en seguida.

—Gracias por todo lo que hace, Larry.

—Trate de dormir. Le hace falta.

—Eso va a ser un poco difícil, pero tomaré somníferos.

—No abuse de eso.

—Hasta mañana, Larry. Ah, un momento. Si su amigo, ese Chou, le da alguna noticia, por favor, llámeme en seguida.

—Sí, Judith...

Larry se marchó por el corredor y Judith entró en su habitación.

Le pareció inhóspita, fría. Miró el teléfono y recordó horas antes, cuando había sonado y creyó oír la voz de Richard. ¿Había sido eso? ¿Una obsesión suya? Pero, si no era Richard, ¿quién estaba a la otra parte?

Sacó el frasco de somníferos de la maleta, pero de momento lo dejó en la mesilla de noche. Luego se desvistió y se puso el camisón. Tomó el frasco y se fue al cuarto de baño, en donde llenó un vaso con agua, y en ese momento sonó el teléfono.

Instintivamente lanzó un grito y el frasco de somníferos le cayó de las manos rompiéndose en el suelo y los comprimidos se esparcieron por las baldosas.

El timbre del teléfono seguía sonando.

Ahora no se dio prisa. Echó a andar despacio, muy despacio, y por fin llegó junto al teléfono y descolgó.

—¿Sí...?

—Hola, querida.

Era otra vez Richard. ¿O sólo sería una voz que a ella le parecía la de Richard?

CAPÍTULO V

—Richard, ¿por qué lo hiciste? —dijo Judith.

—Querida, no pude ir.

—¿Cómo?

—No pude acudir a la cita... Las cosas se complicaron... Verás, si hubiera ido me habrían matado...

Judith cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Richard, trataron de matarme a mí.

—¡Oh, no!

—Sí, Richard, fui allí donde tú dijiste, junto al almacén de la Compañía Trinker.

—¿Qué pasó?

—Apareció un hombre horrible entre la niebla con gafas oscuras. Sacó la mano de su abrigo, con un cuchillo...

—¡No!

—Sí, Richard. Trató de clavarme el cuchillo.

—Dios mío, ¿cómo te libraste de él?

—Gracias al hombre que me acompañaba.

—¿El hombre que te acompañaba? ¿A quién te refieres? Oh, sí, entiendo, un policía.

—No, no era un policía. Se llama Larry Sutton y acudí a él en busca de ayuda. Alguien me lo recomendó; La policía no sabía nada de ti, ni tampoco el señor Bronkers. Larry Sutton mató a ese hombre.

No le llegó ninguna palabra del otro lado, sólo la respiración de aquel hombre. ¿Por qué pensaba ahora así como si no fuera Richard? ¿Por qué no salía de dudas?

—Querida, no sabes cuánto siento que hayas pasado por esa horrible experiencia.

—Richard, ¿qué día nos casamos?

—¿Eh?

—¿Qué día nos casamos?

—¿Qué te pasa, Judith?

—Te lo diré. No pienso que seas tú.

—¿Quieres decir que no crees que yo sea tu esposo?

—Sí, eso es.

—Pero, Judith, ¿qué te ha dicho ese hombre? Me refiero a Larry Sutton.

—Richard, ¿qué día nos casamos? —repitió Judith.

—El 7 de junio de este año. Pero ¿qué tonterías se te ocurren?

—¿Cómo se llamaba la iglesia?

—San Vicente.

—¿En qué hotel nos alojamos?

—¡Judith!

—¿En qué hotel nos alojamos?

—Fuimos a Niágara Falls y no nos alojamos en ningún hotel, sino en una casa particular. La señora se llamaba..., lo he olvidado.

—¿Cómo se llamaba?

—Lo he olvidado, Judith... ¡Oh, sí, ahora recuerdo! La señora se llamaba Marlowe... Judith... Judith, ¿a qué viene todo esto?

—He pensado que no fueses mi esposo.

—Soy yo, Richard Morley, tu marido.

—¿Por qué no me esperabas allí, en donde había un hombre que quería matarme?

—Judith, ese hombre me quería matar a mí.

—¿Por qué?

—¡No te lo puedo decir ahora!

—¿Por qué entonces dejaste que fuese yo en tu lugar? ¿Por qué, Richard?

—Pensé que no te harían nada malo. Es a mí a quien querían muerto.

—¿Dónde estás, Richard?

—¿Para qué?

—Para reunirme contigo.

—No puede ser, Judith.

—Richard, he conocido al capitán Howard de la policía. Le pediremos su protección.

De la otra parte le llegó una risita.

—La policía no puede hacer nada por mí, Judith.

—La policía está para eso, para proteger la vida de los ciudadanos, Richard.

—El mío es un caso imposible.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir. Tengo que colgar.

—Richard, por favor...

—Vuelve a los Estados Unidos, Judith.

—¿Qué?

—He dicho que vuelvas a San Francisco... Yo no puedo regresar y no me preguntes por qué. No puedo. Vete... No permanezcas más tiempo en Hong-Kong.

—¡Richard!

Ya habían colgado y Judith golpeó en la horquilla.

—¡Richard! —llamó otra vez, aunque sabía que era inútil.

Se echó sobre la cama, y sollozó. ¿Qué le pasaba a Richard? Oh, sí, claro que era Richard, y estaba en peligro. Por eso había desaparecido y la había tenido sin noticias durante aquellas tres semanas. Pero ahora ella lo había encontrado, y Richard le decía que regresase a San Francisco, y que debía de hacer aquel viaje a solas porque él tenía que quedarse allí.

Otra vez sonó el teléfono.

Judith atrapó el auricular.

—¡Richard!

—Perdone, Judith, soy Larry Sutton.

—Creí que era mi marido.

—¿La llamó?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—No acuda a la nueva cita.

—No me citó.

—¿Para qué la llamó entonces?

—Para justificarse. No pudo ir. Lo están persiguiendo. Aquel hombre no fue allí para matarme a mí, sino a él.

—¿Por qué lo quería matar?

—Se lo pregunté, pero no me lo dijo.

—¿Qué acordaron ustedes?

—Debo ir a San Francisco. Richard dijo que no me podía acompañar.

—¿Se va a marchar, Judith?

—No sé qué hacer. Richard está corriendo un grave peligro.

—¿No le dio alguna pista?

—Ninguna... ¿Por qué llamaba, Larry?

—Sólo para saber de usted, y para tranquilizarla, pero ya veo que ahora está menos tranquila que antes.

—Larry, he pensado visitar otra vez al capitán Howard.

—¿Se lo sugirió Richard?

—No. Todo lo contrario. Dijo que la policía no podía hacer nada por él, que en su caso no valía esa protección.

—Judith, debe dormir ahora. Con el nuevo día, verá las cosas con más claridad.

—¿Cree usted?

—Seguro. Un descanso ayuda a despejar nuestra mente.

—Está bien. Dormiré. Buenas noches, Larry.

—Buenas noches, Judith.

La joven dejó otra vez el auricular en la horquilla. ¿Y si llamaba otra vez Richard?

Fue al cuarto de baño y recogió los comprimidos del suelo. Luego ingirió dos con un trago de agua.

Se tendió en la cama y no tardó en dormirse.

Cuando despertó a la mañana siguiente, se asombró porque eran las nueve y media. Estaba bajo la ducha cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¿Quién es?

—Larry.

—Espere. Me estoy duchando.

Se cubrió con un batín y acudió a abrir.

—Vístase lo antes que pueda —dijo Larry.

—¿Ocurre algo?

—Tiene que venir conmigo.

—¿Adónde?

—Ya lo verá.

—Dígame adonde.

—¿Por qué no tiene confianza en mí, Judith? No se lo puedo decir ahora.

CAPÍTULO VI

Aquél era un feo lugar, cerca de la montaña, en donde se veían covachas infectas, hombres, mujeres y niños harapientos.

Habían viajado en un taxi hasta un poco más abajo porque el resto del camino lo tuvieron que hacer a pie, ya que no existían calles sino zanjas formadas por el agua de la lluvia al correr desde lo alto de la montaña.

Judith reconoció a Chou Wang, que estaba sentado sobre una piedra, fumando un largo cigarro.

—Buenos días, señora Morley —dijo poniéndose en pie y haciendo una reverencia—. Nosotros tenemos un proverbio...

—Déjate de proverbios ahora, Chou —lo interrumpió Larry—. La señora no vino a oírte el repertorio.

—De acuerdo, Larry.

Fueron hacia la parte trasera de una choza. Allí también había una zanja, pero parecía removida recientemente.

Dos chinos cubiertos de harapos manejaban sendas cañas de bambú. Con ellas se servían para apartar a los curiosos que querían acercarse.

Judith lanzó un grito al ver en el fondo de una zanja un hombre boca abajo, vestido como los europeos.

—¿Qué es eso, Larry?

—Un cadáver.

—¿Lo encontró Chou?

—Sí, lo encontró porque se lo dijeron.

—No es Richard.

—Todavía no lo ha visto.

—¡Hablé con Richard dos veces!

—Anda, Chou, dale la vuelta.

Judith gritó:

—¡No quiero verlo!

Larry la cogió por los brazos.

—Espere, Judith, y vea esto. —Sutton sacó una cartera del bolsillo.

Judith cogió la cartera y la abrió.

—Dios mío —estaba viendo una fotografía de ella y de Richard cuando se casaron, y también había algunas tarjetas comerciales a nombre de Richard Morley, Importación y Exportación, San Francisco, California.

—¿Dónde encontró esta cartera, Larry?

—En un bolsillo del cadáver.

Judith se volvió hacia la zanja en donde estaba el muerto.

Chou había saltado al agujero esperando la orden para darle la vuelta.

—Adelante, Chou —dijo Larry.

Chou dio la vuelta al cuerpo, poniéndolo boca arriba.

Judith lanzó un grito mientras se llevaba la mano a la garganta.

—¡Richard! —dijo.

—¿Está segura de que es él?

—¡Sí, es Richard...! ¡Mi esposo...!

La cara del cadáver estaba manchada de tierra.

—Cerciórese, Judith.

—Es él. Tiene su cara y ese lunar junto a la oreja y su cabello...

¡Larry, es Richard!

—Lleva ahí tres días.

—Entonces, ¿el hombre que me llamó anoche...?

Oyeron una voz agria a su espalda:

—Larry, ¿desde cuándo le haces la competencia a la policía?

Era el capitán Stephen Howard, a quien Judith ya conocía.

—Buenos días, señora Morley.

—Buenos días, capitán.

Howard frisaba los cuarenta y cinco años y era alto, rubio, rostro de facciones correctas. Vestía uniforme color caqui. Le acompañaban dos agentes. Dirigió una mirada a la zanja y luego miró a Judith.

—¿Es su esposo?

—Sí.

—¿Quién lo descubrió? —desvió los ojos hacia Larry.

—Chou.

El capitán se dirigió al chino, que continuaba dentro de la zanja, el cuál sonrió y dijo:

—A sus órdenes, capitán Howard. ¿Cómo se encuentra su agradable esposa y sus maravillosos hijos?

—Chou, deja los halagos para el próximo año lunar. ¿Cómo encontraste este cadáver?

—Alguien me dijo que aquí había un hombre enterrado.

—¿Quién?

—Uno oye muchas cosas en los mercados. Yo tengo el oído muy fino, capitán Howard, y usted lo sabe. Gracias a mi fino oído, usted ha podido cazar a más de un delincuente.

—Te voy a encerrar, Chou.

—Está bien, capitán. Fue Ling, pero él no tuvo nada que ver con esto.

—¿Te refieres a tu primo Ling?

—Tengo muchos primos, capitán, y Ling es uno de ellos.

—¿Y cómo supo Ling que estaba aquí el cadáver? No, no hace falta que lo digas, Chou. Tu primo lo enterró.

—No, capitán. Ling estaba allá arriba. —Chou señaló una de las muchas chozas que había en un estrato superior de la montaña—. Fue la otra noche.

—¿Qué noche?

—Hace cuatro noches.

—Continúa.

—Ling vio llegar a dos hombres.

—¿Quiénes?

—No los pudo distinguir. Traían un bulto y lo enterraron en esa zanja.

—¿Dónde está Ling?

—Se fue.

—¿Adónde?

—A la otra parte, capitán. Ya sabe, los de la República Popular necesitan a Ling, pero usted también lo necesita, ¿verdad, capitán? Ya sabe que Ling va y viene. En cuanto lo vea, le diré que usted quiere hablar con él.

—Será mejor que no lo olvides, Chou.

Judith se había retirado de la zanja, con Larry.

El capitán se reunió con ellos, mientras los agentes se estaban

ocupando ya del cadáver.

—Acepte mi pésame, señora Morley.

—Gracias, capitán —repuso Judith con voz débil.

—¿Puede pasar por mi oficina esta tarde? ¿Le viene bien a las tres?

—Desde luego, capitán.

Larry carraspeó.

—Yo también iré.

—No, Larry. Contigo quiero hablar antes. A las doce.

—De acuerdo, capitán.

Larry se llevó a Judith al taxi que los estaba esperando. Una vez dentro, la joven se desmadejó y escondió la cara, sollozando.

Larry dio al conductor la dirección del hotel Wilson, encendió un cigarrillo y se lo alargó a Judith.

—Fume.

—No, gracias.

—Ande, le sentará bien.

Judith aceptó el cigarrillo y dio una larga chupada. Al fin rompió el silencio:

—Es increíble, Larry... ¿Por qué Richard no me dijo nada? ¿Por qué no me lo explicó?

—Judith, quiero que me escuche ahora. Quizá ellos tarden un poco en enterarse de que hemos descubierto el cadáver, y, en tal caso, ese hombre, el que se hace pasar por Richard, la vuelva a llamar.

Judith se estremeció.

—Oh, no, no me llamará. Me dijo que regresase a San Francisco.

—Pero usted no ha regresado y él lo sabrá porque consultará la lista de viajeros. Entonces, quizá se ponga en contacto con usted.

—Es sólo una suposición suya.

—Sí, es sólo una suposición y espero que dé resultado.

—¿Por qué?

—Porque usted debe insistir en qué quiere verlo.

Judith recordó lo que había pasado durante la primera cita.

—Larry, aquel hombre, el de las gafas oscuras... Me quería matar a mí, y no a Richard, puesto que él ya estaba muerto.

—Sí, Judith.

—¡Y usted quiere que acuerde otra cita con él!

—Está bien. Regrese a San Francisco. Después de todo, usted vino a buscar a su marido. Lo ha encontrado muerto y ya no puede esperar nada.

Judith se mojó los labios con la lengua.

—Tiene razón, Larry. Quiero saber por qué murió Richard, y también deseo que su asesino reciba el castigo... Haré lo que usted me diga.

CAPÍTULO VII

El capitán Howard estaba sentado tras de su mesa, observando a Larry que acababa de entrar en la oficina.

—Hola, capitán —saludó con jovialidad.

—Siéntate, Larry.

—Oiga, ¿no podemos dejar esta conversación para otro momento? Tengo prisa, ¿sabe?

—Entiendo. Quieres reunirte con la viuda.

—Así es. No se la puede dejar sola.

—Eres un tipo con grandes virtudes cristianas, ¿eh, Larry?

—¿Verdad que sí, capitán?

—¡Basta de tonterías! —exclamó Howard pegando un puñetazo en la mesa.

—Basta de tonterías. ¿Qué quiere de mí?

—Háblame del cadáver.

—No sé más de lo que usted sabe.

—No me refiero a Richard Morley.

—¿No? ¿Y a quién se refiere?

—Al hombre que fue acuchillado en el muelle ante el almacén de la Compañía Trinker.

—¿Fue encontrado un hombre así?

El capitán inspiró profundamente. Estaba haciendo esfuerzos por contenerse.

—¿Qué tienes que ver con eso, Larry?

—Capitán, siempre he colaborado con usted... Me pongo de parte de la ley, ¿y por qué? Yo se lo diré. Porque me gustan los polis.

—Larry, te expulsaron de Singapur... Te expulsaron de Macao y de cuatro islas del Pacífico...

—Soy un incomprendido. Ahí tiene la respuesta, capitán.

—No me interrumpas, Larry.

—De acuerdo, de acuerdo. Prosiga.

—Cuando un ciudadano es expulsado de una ciudad, el representante de la ley, se ocupa de hacerlo. ¿No es así, Larry?

—Así es, capitán.

—Y tú siempre estás de parte de la ley, ¿eh?

—Bueno, a veces la ley y yo no marchamos exactamente por el mismo camino. Usted sabe que siempre hay atajos.

—Y tú prefieres los atajos.

—Los procedimientos regulares me aburren, capitán.

—¿Te gustaría que te expulsen de

Hong-Kong,

Larry?

—Eh, capitán, usted no hará eso.

—Dime una razón para que no lo haga.

—Deme usted una razón para hacerlo.

Hubo un silencio entre los dos hombres mientras se miraban retadoramente.

—¿Qué interés tienes en el asunto, Larry?

—La señora Morley me contrató.

—¿Por qué?

—Porque Yves Blain le habló de mí. Si tiene alguna duda, coja el teléfono y pregunte a la señora Morley. Fue a verme al café de *madame* Crisantemo.

—¿Fue allí?

—Sí, capitán.

El capitán Howard se pasó una mano por la mejilla.

—Larry, me gustaría saber qué encuentran en ti las mujeres.

—Tengo la fórmula, capitán, pero es demasiado personal.

Tendrá que conquistarlas por usted mismo.

—¡Larry!

—Perdón, perdón, si le ofendí, capitán.

Howard se puso en pie y paseó de un lado a otro de la estancia. Se detuvo apoyando las manos en la carpeta y se inclinó hacia la otra parte, donde estaba Sutton.

—Larry, ¿por qué mataron a Richard Morley?

—¿Lo sabe usted?

—¡No, maldita sea, y por eso te lo pregunto!

—También lo ignoro.

—¡Me vas a soltar todo lo que sabes acerca de ese asunto!

—Siento decepcionarle, capitán, pero ya le he dicho que sé tanto como usted. La señora Morley vino aquí antes de visitarme y ella le colocó la historia de la desaparición de su esposo, y luego me la colocó a mí. Sólo entonces se produjo un empate entre usted y yo. Y si no me cree, le propongo un ejercicio. Usted escribe la historia que le contó la señora Morley y yo escribo también lo que ella me dijo. Le aseguro que las historias coincidirán en un cien por ciento. ¿Quiere que probemos?

—¡No! ¡No me pagan para perder el tiempo con estúpidos ejercicios!

—Como quiera, capitán. Usted es el que manda... ¿Puedo marcharme ya?

—¡No, no puedes marcharte todavía!

—Está bien. Continúe con sus preguntas.

—Déjala en paz.

—¿A quién se refiere?

—Sabes a quién me refiero, a ella, a la señora Morley.

—No puedo hacer eso, capitán.

—¿Por qué no?

—Ya se lo dije, me contrató.

—¿Por cuánto?

—Me pagó cien dólares.

—Entiendo. Encontraste tu filón y quieres seguir explotándolo hasta el final.

—Capitán, no debería herirme así.

—Oh, no, claro, tú eres un tipo de una gran moralidad...

—Puede reírse si quiere, pero tengo mi moral. Y si la señora Morley me pagó cien dólares, quiero corresponder con los servicios que ella espera de mí.

—Qué enternecedor.

—Puede llorar lo que quiera.

—¡Basta, Larry, no consiento burlas de la policía!

El capitán Howard se acercó a la ventana y miró por los acristalas. Fuera, en un patio, media docena de agentes hacían la instrucción bajo el mando de un sargento.

—Larry —dijo—, quiero que me informes de todo lo que pase a partir de ahora. Ese Richard Morley se metió en un feo asunto.

—Si, debió de ser muy feo, puesto que lo mataron.

—Cada día las cosas se están complicando más en Hong-Kong.

Tú lo sabes, Larry. Estoy harto de esta ciudad. No sé cómo la soporto. Debí pedir el traslado hace mucho tiempo.

Larry sonrió.

—Usted no puede vivir sin Hong-Kong, capitán.

—Anda, lárgate.

Larry hizo un saludo con la mano y se dirigió hacia la puerta.

—Recuérdalo, Larry —dijo Howard—. No trates de hacer las cosas por tu cuenta. No las hagas, o tendrás que buscar otro lugar donde vivir.

—Le salió muy poético, capitán —dijo Sutton mientras abría la puerta.

—Vete al infierno.

—¿Hay alguno peor que Hong-Kong?

—sonrió Larry al salir.

Una vez en la calle, se encaminó al hotel Wilson.

Un hombre tropezó con él, un tipo sucio que usaba gafas oscuras.

Larry quiso alejarlo de sí, pero el tipo tenía la mano derecha en el bolsillo y le aplicó en el estómago el objeto que tenía allí y supo que era una pistola.

—Cuidado, señor Sutton. Se podría lastimar.

—¿Qué quieres?

—Hablar con usted, señor Sutton.

—Ya estamos hablando.

—No me gusta el gentío, señor Sutton. De modo que va a echar a andar, pero no crea que voy a estar muy lejos de usted. Iré detrás, a su espalda, pegado como si fuésemos hermanos siameses. Por si le sirve, he vivido unos cuantos meses en Hong-Kong...

Gire a la derecha antes de llegar a la comisaría de policía. Es una calle menos transitada.

—Eres hablador, ¿eh?

—Ya terminó el discurso. Andando o plomo.

Larry se limpió una manga, pero el otro dio un saltito atrás y dijo sonriendo:

—Conozco ese truco, señor Sutton. Un segundo más y me habría pegado en la mandíbula, pero ya agotó mi paciencia. En marcha o aprieto el gatillo.

Larry tuvo que obedecer. Sintió al fulano a sus espaldas, rozándole.

Llegaron al callejón y Larry perdió las pocas probabilidades que tenía de escapar, ya que, como había dicho el tipo, era transitado por menos gente.

—¿Puedo saber dónde vamos?

—A un lugar muy hermoso, con grandes vistas.

Continuaron adelante. Al final del callejón el fulano de las gafas oscuras ordenó a Larry que girase hacia la izquierda y, un poco más allá, Sutton vio la entrada de un cementerio de automóviles, con un cartel en el que se decía: «Se compra chatarra».

—Pasa ahí dentro.

Larry pasó por frente al cartel, seguido siempre de cerca por aquel fulano.

Se encontró en una gran explanada. A la izquierda, estaban los automóviles viejos, algunos amontonados, otros en fila, todos a la intemperie. Al final había una casucha sobre cuya puerta se leía: «Oficina».

—¿Y ahora?

—Hacia la parte donde están los camiones.

Larry se dirigió hacia el sitio donde estaban los camiones. Había como un centenar, todos de modelo muy antiguo, algunos de la Segunda Guerra Mundial, que habían servido a los ingleses para transportar a los soldados por la ruta de Birmania.

—Siéntate en el estribo de ese camión —dijo.

Estaba señalando un camión que le faltaban las dos ruedas delanteras y que por ello tenía el morro hundido.

Larry se sentó.

—¿Cómo debo llamarte?

—Antoine.

—Está bien, Antoine, ¿qué quieres?

—Sólo nos llegamos aquí para que conocieses a un par de

amigos.

—¿Dónde están?

—Ya llegan.

Larry oyó pasos por la derecha y vio aparecer a dos orientales que tenían el tamaño de osos, las cabezas rapadas. Era especialista en cuestiones orientales, por algo llevaba tanto tiempo por aquellos rincones del mundo, y supo en seguida que se trataba de dos especialistas de karate, pero ahora aquellos dos tipos no habían sido contratados para luchar ante una gran multitud, sino para partirle a alguien la columna vertebral, o romperle la nuez, o todas las costillas, y, ese alguien no podía ser otro que él.

—Preséntalos, Antoine.

—El más gordo se llama Yoshi y el otro es Kumaka.

—Hola, muchachos —los saludó Larry con aire jovial.

Yoshi y Kumaka se detuvieron y entonces Antoine dijo:

—Sutton, has estado enredando.

—Oh, sí, perdón... Pero es que yo quiero mucho a las chicas de *madame Crisantemo*.

—¿Eh?

—Aunque no lo creas, Antoine, hay muchachas de ese local que quieren convertir a Larry Sutton en su esposo. Ya sé que con eso el patrón pierde porque ellas no tratan a los clientes como sería deseable. Es lo que siempre pasa cuando están enamoradas de alguien. Pero ¿qué culpa tengo yo de que mi madre me sacase tan seductor?

Antoine rompió a reír, pero no rieron los japoneses porque, probablemente, no habían entendido una palabra de lo que decía Larry.

—Eh, Sutton —dijo el francés—, tienes sentido del humor.

—Gracias.

—Al mismo tiempo me indicas que eres un tipo de cuidado. Yo te hablo de una cosa y tú me respondes de otra. ¿Por qué? Porque sabes utilizar la inteligencia. El patrón acertó. Debes quedar inservible.

—Entonces, tu patrón está de enhorabuena porque me voy a marchar de

Hong-Kong.

—¿De veras?

—Sí, se lo decía hace un momento al capitán Howard, de la policía.

—¿Qué le decías, Sutton?

—Que

Hong-Kong

se había convertido en un lugar nocivo para mi salud.

—Demasiado tarde.

—Está bien. Si no me crees, se lo diré a tu patrón... Llévame con él.

Antoine rompió a reír de nuevo, estremeciendo los hombros.

—Eres un estúpido por creermelo tan tonto —hizo una pausa—. Yoshi, Kumaka, ahí tenéis la pieza que debéis descomponer —señaló a Larry.

Los dos japoneses hicieron movimientos afirmativos con la cabeza y se encaminaron hacia su víctima.

Larry expulsó el aire de sus pulmones y se puso en pie, aunque no lo hizo muy de prisa.

Los japoneses se separaron, cuando estaban a cinco metros, para atacar a Larry por distinto lado, uno por la derecha y otro por la izquierda.

Larry no los dejó llegar al mismo tiempo. Se movió hacia Yoshi.

Éste se detuvo y levantó los brazos, las manos abiertas.

Larry se dejó caer en el suelo y levantó la pierna derecha. Todo lo hizo con mucha rapidez. Alcanzó a Yoshi en la entrepierna. Éste lanzó un aullido de dolor y retrocedió tambaleándose hasta que tropezó con uno de los coches oxidados.

Sutton oyó un grito a sus espaldas. Kumaka se le echaba encima, listo para convertirlo en astillas.

Se levantó como impulsado por muelles, burló la acometida de Kumaka y le asestó un mandoble en el cuello.

Kumaka rió. Para él aquel golpe había sido como si le hiciesen cosquillas.

Yoshi seguía berreando, encogido en el suelo.

Antoine encendió un cigarrillo, y mientras expulsaba el humo, dijo:

—Eh, Sutton, eso no estuvo nada mal.

—Gracias, bastardo.

—Me faltó decirte que Kumaka y Yoshi son buenos amigos y,

cuando a uno le hacen daño, al otro le sienta muy mal. Estoy seguro de que Kumaka querrá vencer a su amigo.

Kumaka lanzó un sonido gutural y atacó.

Lo hizo con trampa, pretendiendo cazar a Larry con la derecha cuando iba a lanzar su ofensiva por el otro lado.

Larry adivinó sus pensamientos y se movió justo como se debía mover. De nuevo cazó a Kumaka, y esta vez lo hizo con mayor potencia, un poco más abajo del cuello. Era un golpe que provocaba unos movimientos reflejos, Kumaka agachó la cabeza y Larry le golpeó en el hombro.

Sonó un crujido y Kumaka cayó lanzando alaridos.

Yoshi ya estaba en pie, pero Antoine, al ver lo que estaba pasando, sacó la pistola.

—Eh, Sutton, no me gustó eso.

Kumaka gemía en el suelo, con la mano sana en la clavícula rota.

—Un doctor —dijo.

Yoshi tenía los ojos inyectados en sangre.

—Has herido a mi amigo, Sutton... Ahora te voy a matar...

Antoine rió.

—¿No te lo dije, Sutton? Son como hermanos. Por eso el patrón los contrató juntos.

—Se nota que tu jefe tiene un corazón muy blando —dijo Larry retrocediendo porque Yoshi se dirigía hacia él.

Yoshi se había convertido en una fiera sangrienta.

Larry golpeó contra la cabina del camión y tuvo una idea. Abrió la portezuela y saltó arriba.

Yoshi creyó que su víctima iba a escapar por la otra puerta y pegó un salto para subir arriba antes de que Larry huyese.

Pero Larry lo estaba esperando con la mano en la puerta y pegó un envión a ésta. La puerta se estrelló contra el pecho y la cara de Yoshi. Fue un impacto brutal y el japonés cayó sobre los cuartos traseros lanzando un alarido de dolor.

Desde arriba, Larry pudo ver la cara de Yoshi bañada en sangre.

—Maldito seas, Sutton —dijo Antoine—. Ahora me toca a mí —y apretó el gatillo.

La bala entró por el hueco de la portezuela que no tenía cristales y rozó la cabeza de Larry.

CAPÍTULO VIII

Antoine vio que Larry se agachaba, desapareciendo en la cabina, y rió muy divertido.

—No vas a escapar, Sutton. Has tumbado a dos buenos luchadores. Fueron de lo mejor, pero ya están un poco viejos. Yo haré el trabajo que ellos no terminaron. Anda, sal y me conformaré con meterle una bala en una pierna.

No obtuvo respuesta.

—Sutton —lo llamó otra vez—, si me obligas a buscarte, te mataré. Lo juro.

Tampoco le respondieron.

—De acuerdo. Aceptaré tu juego, Sutton.

Echó a andar hacia la cabina y, al llegar allí, alargó la mano sobre la portezuela que estaba manchada con la sangre de Yoshi.

La abrió de golpe y disparó hacia el interior.

Fue un gesto instintivo por su parte. Allí no había nadie. Vio un agujero que comunicaba con la parte posterior del camión.

—Vaya, estás ahí, ¿eh?

Echó a correr porque comprendió que Larry podía saltar del camión por la parte posterior y buscar refugio en otros coches, y entonces le costaría mucho trabajo encontrarle porque aquello era un laberinto.

Cuando estaba corriendo, Larry le cayó encima, desde el techo del camión.

Los dos hombres dieron vueltas por el suelo. Larry había logrado atrapar la muñeca armada de Antoine.

Sonó un disparo y se detuvieron, Larry abajo, Antoine encima. Éste todavía sonreía. Pero su boca se curvó en una mueca de dolor y resbaló sobre el cuerpo de Sutton. La bala le había partido el corazón.

Larry le quitó la pistola y se encaminó a donde estaban los

japoneses.

—Yoshi, ¿quién es vuestro jefe?

—Antoine.

—¿Quién hay por encima de él?

—No sabemos nada. Kumaka y yo llevábamos dos semanas en Hong-Kong.

No encontrábamos peleas. Nos íbamos a largar a Europa. Conocíamos a Antoine desde hace dos años. Nos contrató para darte una paliza. Antoine prometió pagarnos el pasaje hasta Francia... Le digo la verdad, señor Sutton, y ya lo ve, ahora nuestra situación es peor que antes.

—¿Con quién se relacionaba Antoine?

—No lo sé y Kumaka tampoco lo sabe.

Larry se dijo que nada podía sacar a aquellos hombres.

—La próxima vez ganaros el pasaje a Europa tirando de un carro.

Echó a andar hacia la salida y vio correr hacia él a dos policías. Detrás de ellos corría también el capitán Howard.

Larry se detuvo rascándose una patilla con el cañón de la pistola.

Howard estaba pálido.

—Uno de mis hombres oyó tiros, y yo aposté a que se trataba de ti. ¿Qué has hecho, Larry? No me lo digas. ¿Mataste a otro?

—Fue cosa suya. Recuérdelo, capitán. Cuando entré en su oficina me registraron y no llevaba ningún arma. Al salir me estaba esperando aquel tipo.

—¿Quién es?

—Sólo sé que se llamaba Antoine. Contrató a los dos japoneses para que me rompiesen los huesos.

—Larry, te dije que me tuvieses informado.

—A eso iba, capitán —mintió Larry—. Hubiese pasado por su oficina para contarle mi pelea con estos hombres.

El capitán Howard entornó los ojos.

—Eso no lo creería ni aunque me lo dijese moribundo.

—Lo siento, capitán, pero sus palabras me hacen mucho daño.

—Quedas detenido, Larry.

—Eh, capitán, no puede hacer eso.

—Claro que puedo hacerlo y lo hago. —Howard alargó su mano

—. La pistola, Larry.

Sutton titubeó unos instantes y por último dejó la pistola en la palma del capitán.

—Te tendré en la celda para que dejes de enredar, Larry. Es la única forma para evitar que llenes la ciudad de muertos.

Judith Morley fumaba un cigarrillo, tendida en la cama.

Richard estaba muerto. Su marido, el hombre al que había amado. Un año antes ni siquiera lo conocía, y ahora se daba cuenta de que no había sabido muchas cosas de él, porque Richard le había hablado muy poco de sus negocios.

¿Qué clase de hombre había sido Richard?

Ella podía decir que Richard era un joven simpático, amable, gentil. Estaba en todos los detalles. Si ella decía que le gustaban los bombones, aparecía Richard con una caja de ellos. Si eran las rosas rojas, Richard le mandaba un hermoso ramo de ellas. Y Richard también sabía ser simpático, porque poseía un gran sentido del humor. Pero ahora que todo había pasado, oía su voz interior: «Había algo que faltaba en el cuadro. ¿Qué era? Sí, quizá Richard le parecía poco natural. ¿Y por qué no lo había visto antes? Se había enamorado de él. Ése era el motivo».

¿Qué sentía Richard por ella? ¿Amor? Oh, sí, tenía que ser amor. O simplemente Richard se había enamorado de su cuerpo. ¿Cuántas veces se lo había dicho? «Eres hermosa, Judith, y yo siempre he deseado la más hermosa». Cierta noche, Richard había bebido un poco y le dijo: «Nena esta noche abrazaré a Elizabeth. Cuando te abrace a ti pensaré que es ella». Aquello la había dejado fría, convertida en un bloque de hielo. ¿Cómo podía su marido pensar en otra mujer cuando la abrazase a ella?

Y eso había ocurrido cuando ya eran marido y mujer. Richard no repitió aquellas palabras. Pero muchas veces, cuando él la besaba, pasaba por su mente una pregunta: «¿A quién creará estar besando en su imaginación? ¿A qué mujer?».

El teléfono empezó a sonar, y el cigarrillo le resbaló de los dedos. Se apresuró a tirarlo de la cama.

Tomó el auricular.

—¿Sí?

—Hola, querida.

Era otra vez aquella voz, la del hombre que se hacía pasar por

Richard, porque ahora sabía que su esposo estaba muerto.

Tragó saliva y dijo:

—Richard...

—¿Qué haces ahí, Judith?

—Decidí quedarme.

—¿Por qué?

—Por ti, Richard.

—Te dije que no podías hacer nada por mí.

—Claro que puedo. Me necesitas.

—Sí, querida, te necesito, pero no puedes reunirte conmigo.

—¿Por qué no?

—Ya te lo dije. Estoy en un apuro.

—Richard, soy tu esposa y debo estar a tu lado en estos momentos. Escúchame, Larry Sutton nos ayudará.

—Otra vez Larry Sutton, ¿eh?

—Sí, Richard, es magnífico —al instante se arrepintió de haber dicho aquello.

—¿Magnífico? ¿Por qué lo llamas así?

—Porque se está portando muy bien conmigo.

—Oh, sí, claro. Ya lo comprendo. Tú eres muy atractiva, querida, y estás sola, en una ciudad como Hong-Kong...

—No es lo que tú crees, Richard.

—Me he informado de quién es Larry Sutton. Un soldado de fortuna, un canalla. Lo han expulsado de todos los sitios donde ha puesto los pies.

—No sé nada de eso.

—No lo sabes porque él no te lo iba a decir. Lo expulsaron de Macao, de Singapur y de Yakarta, y de otras ciudades... Es un indeseable, Judith.

—A mí no me lo parece.

—Eh, Judith, no te estarás enamorando de él...

Judith sintió otra vez aquel escalofrío por la espalda. Era curioso que aquel hombre que se estaba haciendo pasar por su marido le preguntase que estaba enamorándose de Larry. Habría querido gritar: «Usted es un indeseable, usted mató a mi marido, y yo me voy a quedar en Hong-Kong

para hacérselo pagar, y Larry Sutton estará a mi lado para ayudarme». No, no podía decir eso.

—Judith, te he hecho una pregunta —dijo aquel hombre, volviéndola a la realidad.

—¿Cómo has podido pensar eso, Richard? Yo sólo te quiero a ti.

—Está bien, nena. Me lo vas a demostrar.

Judith pensó que otra vez le pediría que se marchase a San Francisco.

—Te reunirás conmigo, Judith.

Ella se quedó sin habla.

—Eh, Judith, ¿me has oído?

—Sí.

—He pensado que tienes razón, Judith. Quizá entre los dos hallemos una solución al problema.

—¿Qué problema?

—Ya te explicaré... Además, tengo ganas de tenerte conmigo, de abrazarte de besarte. Te he echado de menos, Judith.

De buena gana le hubiese preguntado: «¿Y con quién me vas a comparar esta vez?».

—¿Estás preparada, nena?

Sintió miedo, mucho miedo, porque se encontraba sola y Larry no había regresado.

—Judith, te estoy preguntando si estás dispuesta a venir a mi lado.

—Sí.

—Muy bien. Entonces te llamaré esta noche.

Judith pensó que la noche estaba muy lejana. Había sentido un gran pánico si él la hubiese citado inmediatamente.

—Sí, querido. ¿A qué hora llamarás?

—No puedo decírtelo. Tienes que estar ahí, en la habitación.

—Al menos dime la hora aproximada. Ya sabes, estaré muy nerviosa.

—Te llamaré alrededor de las ocho. ¿De acuerdo, Judith? —Sí, Richard.

—Hasta luego.

Oyó que colgaban a la otra parte y luego lo hizo ella.

CAPÍTULO IX

Judith se tendió en la cama y fumó un cigarrillo. Luego se puso en pie y paseó de un lado a otro de la habitación. ¿Por qué no venía Larry? ¿Por qué?

Marcó el número del hotel Concordia.

—Quiero hablar con Larry Sutton.

Le contestó el gerente.

—No está. Salió muy temprano esta mañana y aún no regresó. Su llave está en el casillero.

—¿Querrá decirle que le ha llamado la señora Morley y que quiere hablar urgentemente con él?

—Oh, sí, la señora Morley lo necesita muy urgentemente —rió con risa sucia el gerente.

Judith golpeó con rabia la horquilla. ¿Qué creía aquel hombre? Bueno, era fácil suponer lo que creía, pero la culpa no era de ella sino de Larry porque el gerente conocía su fama. ¿Qué le importaba eso ahora? Larry podía tener todas las mujeres que quisiese. Era lo suyo.

Marcó a continuación el número del café de *madame* Crisantemo y cuando descolgaron oyó una risa femenina y una voz que decía:

—Cariño, eres adorable.

Judith apretó el auricular con fuerza. Había reconocido la voz de Hoja de Sauce, y naturalmente, el hombre a quien ella se dirigía no podía ser otro que Larry.

—Perdone, me he equivocado de número —dijo y colgó.

Aquel hombre que se hacía pasar por Richard tenía razón al llamar a Larry como lo había llamado, indeseable y unas cuantas lindezas más. Sí, y también era lógico que a Larry lo hubiesen expulsado de Macao, de Singapur y de Yakarta. Sólo pensaba en sí mismo. Trataba bien a las mujeres y por eso las enloquecía.

Estaba pensando demasiado en Larry. ¿No se había ofrecido el

capitán Howard para ayudarla? No eran todavía las tres, pero podía ir a la comisaría.

Se cambió rápidamente de vestido y salió del hotel.

Poco después llegaba a su destino. Dijo a un agente su nombre y que deseaba hablar con el capitán Howard.

En seguida la hicieron pasar a la fresca oficina del capitán Howard, quien fue a su encuentro.

—No pude esperar la hora de su cita, capitán Howard.

—Ha hecho usted bien en venir porque justamente me disponía a llamarla. Quería informarle de que se ha quedado sin su ayudante Larry Sutton.

Judith se quedó inmóvil. ¿Larry Sutton muerto?

—Lo he detenido, señora Morley y está encerrado en una celda.

Judith trató de disimular la emoción que le producía aquella noticia. Sí, era una doble emoción. Larry Sutton seguía viviendo y, en segundo término, Larry no podía estar con Hoja de Sauce.

—¿Qué ha pasado, capitán Howard?

Howard le contó la historia del cementerio de automóviles, y terminó diciendo:

—Es el segundo hombre que Sutton mata en veinticuatro horas, porque, aunque él no lo ha confesado, sé que fue quien mató al hombre que encontramos en el muelle, frente al almacén Trinker.

—Capitán, Larry mató en aquella ocasión en legítima defensa.

—¿Estaba usted en el almacén Trinker?

—Sí.

—Señora Morley, se está comprometiendo mucho... Desgraciadamente, ahora sabemos que su marido murió, y es asunto de la policía dar con los asesinos.

—¿Resolverá usted el caso, capitán?

—Es mi deber hacerlo.

—¿Qué ha adelantado? ¿Cómo murió mi esposo, capitán?

Howard carraspeó.

—El forense me ha telefoneado hace un momento. Su marido fue acuchillado varias veces.

Judith se mordió el labio inferior.

—Lo siento, señora Morley.

—¿Cuándo murió Richard, capitán?

—Hace tres días.

—Usted me dijo que Richard no estaba en Hong-Kong.

—Trabajé, señora Morley. Revisé las listas de pasajeros. Ninguna compañía se atrevería a falsearme una declaración, porque se expondría a un serio contratiempo. Está claro lo que pasó. Richard Morley no llegó a

Hong-Kong,
con su verdadero nombre...

—Entiendo.

—Quiero hacerle algunas preguntas, señora Morley, aunque resultarán delicadas.

—Hágalas, capitán.

—¿Cuál era la situación económica de su esposo?

—Desahogada. En nuestra cuenta corriente en el Banco Nacional de San Francisco hay en estos momentos unos cinco mil dólares. Para casarnos, Richard compró una casa, le costó quince mil dólares.

—¿Amigos de Richard?

—No muchos.

—¿Estaban entre ellos ciudadanos de

Hong-Kong,

aparte de Bernard Bronkers, del que ya me habló usted?

—No, Richard no citó a nadie excepto al señor Bronkers.

—Está bien, señora Morley. Quizá tenga que hacerle más preguntas, pero ya sé dónde encontrarla. A menos que haya decidido regresar a Estados Unidos.

—Todavía me quedará algunos días.

—Disculpe, pero debo preguntarle qué hacemos con el cadáver de su esposo.

Transcurrieron unos segundos y Judith dijo:

—Entiérrenlo aquí. Por favor, ¿quiere ocuparse de todo? No conozco las costumbres de

Hong-Kong.

—Tenemos un cementerio inglés y también se entierra allí a los ciudadanos americanos... La casa de Pompas Fúnebres Sullivan se ocupa de todo y, para que no la molesten, puedo ponerme en contacto con ellos.

—Se lo agradeceré, capitán.

- Es un placer servirla, señora Morley.
—Entonces le voy a pedir otro favor. Deje libre a Larry Sutton.
—¿Cómo?
—El no ha hecho nada más que trabajar para mí, capitán.
—Señora Morley,

Hong-Kong

es la ciudad del mundo e donde morir resulta más barato. Por esa razón, los policías nos encontramos en una situación de inferioridad con respecto a los de otros lugares... En el resto del mundo, cuando una persona muere violentamente, la policía ha de investiga una razón, amor, dinero, venganza... Pero ¿sabe por qué s mata aquí, señora Morley? Por la posesión de un mendrugo de pan, o por una moneda... Sí, señora Morley. Así es

Hong-Kong...

- Larry puede ayudarme, capitán.
—No.

—Usted acaba de describir una situación, señor Howard. Ha de atender muchas cosas, y Larry prometió ayudarme lo está haciendo. Por favor, no me interrumpa. Larry ha matado a dos hombres, pero lo ha hecho para descubrir u complot que tuvo como primera víctima a mi esposo.

En capitán Howard permaneció pensativo unos instantes:

- Está bien, señora Morley. Usted gana.
—Gracias.

—No, por favor, no me agradezca eso porque tengo 1 impresión de que estoy cometiendo uno de los mayores errores de mi vida —apreté un timbre, y entró un agente—. Trae aquí a Larry Sutton.

—A la orden, capitán.

Pasaron unos minutos y Larry entró en la estancia, t ver a Judith le dirigió una sonrisa.

—¿Qué tal le va, señora Morley? Debió traerme un pan con una lima.

—Larry —repuso el capitán—, te voy a dar la sorpresa. La señora Morley trajo el pan con la lima. Estás libre.

- ¿Por qué?
—Porque ella intercedió por ti.
—Capitán, está usted perdiendo facultades.
—¿Eh?

—Nadie había conseguido de usted eso.

—Larry, ¿por qué, para variar, no dejas de ser impertinente? Lárgate ya. No quiero verte un segundo más.

—Gracias por sus amabilidades, capitán.

Sonrió a Howard, y salió de la comisaría tras de Judith. Ya fuera, cuando caminaban por la calle, Larry preguntó:

—¿Por qué lo hizo, Judith?

—Porque lo necesito, me es indispensable... —ella agregó en seguida—. Volvió a llamar.

—Richard.

—El falso Richard —le corrigió ella.

—¿Y qué le dijo?

—Quiere verme.

—¿Cuándo?

—Lo sabré esta noche, a las ocho.

—Vaya, el maridito le echa de menos. Estoy seguro de que le habló de abrazos y besos.

Vio que las mejillas de Judith enrojecían.

—Larry, ¿por qué es tan insolente? ¿Por qué siempre hiere?

—No era mi intención hierla ahora. Estoy enfadado. No me gusta que me encierren. Amo la libertad.

—Volverá a llamar a las ocho para decirme dónde debo encontrarme con él.

—Estupendo.

—¿Usted lo cree?

—Yo iré en su lugar, Judith.

—Oh, no. Pueden matarlo.

—Es mi negocio.

—No me hará creer que por cien dólares va a arriesgar la piel.

—Quizá haya algo más que cien dólares.

—¿Qué cosa?

—Usted.

Hablaban sin detenerse, caminando despacio entre la gente.

—Larry, ¿qué intenta decirme?

—Usted ya lo sabe.

—No losé.

—Claro que lo sabe —se volvió hacia ella, la detuvo y la miró a los ojos—. Me he enamorado de usted.

—Miente.

—Me he enamorado de usted —repitió Larry.

—Suélteme. Me está haciendo daño.

—Está bien. Ya la dejé libre.

Echó a andar y ella corrió detrás.

—Eh, Larry, no tiene derecho a tratarme así.

—¿Cómo la trato?

—Como si fuese una de esas chinas, Flor de Loto u Hoja de Sauce... Les dice que las ama y espera que corran detrás de usted, como yo he corrido ahora. ¿Qué habría pasado si yo me hubiese detenido? Que usted hubiera seguido adelante. Usted es el amo y señor. Trata a las mujeres como si estuviésemos en la Edad Media. Usted es el dueño. Sólo tiene que decir: «Estoy enamorado de ti Hoja de Sauce». Y ella debe sonreírle y ponerle a su disposición su dinero, su casa...

Larry se detuvo otra vez.

—Olvide lo que le dije, Judith.

—Me ha dicho muchas cosas.

—Respecto a que estoy enamorado de usted.

—¿Ya no lo está?

—Sí, pero no vale la pena hablar de ello.

—¿Por qué no?

—Acaba de quedar viuda, aunque hayan encontrado a su marido tres días después de su muerte. Respete su memoria.

Judith le pegó una bofetada. Sólo dos personas se volvieron para mirarlos.

Larry no se había movido a pesar del golpe.

—Puede marcharse si quiere, señor Sutton —exclamó Judith—. Quédese con los cien dólares.

—No abandono a un cliente cuando me contrata —hizo una pausa—. Ni siquiera por una bofetada.

Se miraron todavía unos segundos y, finalmente, los dos al mismo tiempo echaron a andar, uno junto al otro.

CAPÍTULO X

Bernard Bronkers era un hombre con poderosa cabeza, rubio, con grandes entradas, bolsas bajo los ojos y labios gruesos, sensuales.

—¿Qué interés tiene en el asunto, señor Sutton?

Larry había dejado a Judith en la puerta del hotel, diciéndole que quería hablar con Bronkers personalmente, y allí estaba frente al hombre de negocios, presidente de una de las firmas más importantes de

Hong-Kong.

—Represento a la viuda.

Larry había empezado por contarle a Bronkers el descubrimiento del cadáver de Richard en aquella zanja de la ladera de la montaña.

Bronkers miró el ventilador que estaba en el techo y luego sacó un pañuelo que se pasó por la cara.

—No me gusta este maldito clima. Un día dije que no me quedaría aquí ni una semana, ¿sabe cuánto tiempo hace de eso, señor Sutton?

—No tengo idea.

—Hace treinta y cinco años.

—Eso quiere decir que le fue bien en

Hong-Kong.

—Sí, no me puedo quejar, pero he trabajado duro, señor Sutton —se levantó y encaminóse hacia la ventana—.

Hong-Kong

fue un paraíso para un hombre decidido que quisiese ser algo en la vida, alguien importante... Pero eso ocurrió hace muchos años. Luego llegó la Segunda Guerra Mundial, los japoneses, y

Hong-Kong

ya no ha vuelto a ser

Hong-Kong.

—Le agradezco su lección de historia, señor Bronkers, pero yo quería oírle hablar de Richard Morley.

Bronkers se volvió bruscamente y las aletas de su nariz palparon y eso quería decir que la interrupción de Larry le había puesto nervioso.

—Oh, sí, Richard Morley, un buen muchacho —sonrió sin ganas—. Habría llegado lejos.

—Sí, fue tan lejos que ya está en el cementerio.

—Perdone, señor Sutton, pero no me gusta el humor negro.

Hubo una nueva pausa.

Bernard Bronkers regresó a su sillón, otra vez miró el ventilador, y de nuevo se enjugó el sudor con el pañuelo mientras clavaba sus ojos en el bronceado rostro de su visitante.

—¿Qué relación tuvo Richard con usted, señor Bronkers?

—Puramente comercial. A Morley le vendimos juguetes.

—¿Sólo juguetes?

—Alguna maquinaria.

—¿Qué clase de maquinaria?

—Señor Sutton, no me gustan sus preguntas.

—¿Por qué no?

—Hong-Kong es una ciudad internacional y aquí llegan mercancías de todas las partes del mundo. Es como Nueva York, pero con mucha más libertad en cuanto a la contratación.

—Señor Bronkers, no hace falta que me aclare ese aspecto de Hong-Kong.

Sé que aquí se compran y se venden drogas, armas y hasta mujeres.

—Señor Sutton, usted no pensará...

—No me refiero a la firma Bronkers concretamente. Usted me ha hecho una pregunta y yo le he contestado para que sepa que no soy ingenuo... Llevo cinco años en

Hong-Kong

y antes estuve en otras partes de Asia...

—De acuerdo, señor Sutton. Le aclararé algo con respecto a Morley... Le vendimos máquinas tragaperras. Ya sabe, en Estados Unidos las llaman ladrones de un solo brazo. Por desgracia, en nuestro país existe un monopolio de fabricación de esas máquinas y otro monopolio de distribución. Nosotros hemos de exportar esas máquinas en unas condiciones de absoluta reserva, ya que no

pertenecemos a ninguno de esos monopolios.

—Y Richard Morley se encargaba de recibir las máquinas y de venderlas.

—Ya las había vendido cuando nos las pedía.

—¿Tiene una hipótesis acerca de la muerte de Morley?

—Sí, la tengo... Richard Morley murió porque hubo una filtración con respecto a la clase de negocio a que se dedicaba.

—Hay un pequeño fallo en esa hipótesis, señor Bronkers.

—¿Dónde está el fallo, Sutton?

—Richard recibía la mercancía en San Francisco y la distribuía en nuestro país. ¿Por qué infiernos lo mataron en Hong-Kong?

—Es fácil la respuesta, Sutton.

—Démela. Quisiera saberla.

—Es preferible matar a un hombre en Hong-Kong que en cualquier parte de nuestro país.

—Le entiendo. Usted se refiere a algo que he oído muchas veces al capitán Howard. En Hong-Kong se mata más barato.

Bronkers se echó a reír.

—Sí, señor Sutton, el capitán Howard tiene más razones que nosotros para saber cuánta verdad hay en esas palabras. Tomemos el ejemplo de Richard Morley. Si hubiese muerto en San Francisco, la policía se hubiese encargado del asunto, habrían husmeado los periodistas y salido la noticia en la primera página de los diarios. En resumen, se habría hecho una investigación exhaustiva, y quizá el resultado habría sido desastroso para los asesinos... Aquí no existen tantos peligros, señor Sutton. Se mata, se mete a un muerto en una zanja y es raro que se descubra al autor del homicidio... Ahí tiene explicado por qué hicieron llegar a Richard a Hong-Kong.

—El nombre de Richard Morley no figura en ninguna lista de pasajeros, arrancando de la fecha en que abandonó San Francisco.

—Bueno, quizá también exista una explicación para eso.

—¿Cuál?

—La de que le tendieron una trampa. Alguien lo engañó

haciéndole viajar con nombre supuesto.

—No está mal.

—Celebro que le guste, Sutton.

Larry se puso en pie.

—Gracias por todo, señor Bronkers.

—Quiero rogarle algo, señor Sutton.

—Diga.

—Me gustaría que no difundiese nada de lo que le he dicho.

—Descuide, señor Bronkers. Esta conversación quedará entre usted y yo.

—Hay otra cosa que debe tener en cuenta, señor Sutton.

—¿A qué se refiere?

—Aquí no es delito fabricar máquinas tragaperras ni distribuirlas.

—Lo sé, señor Bronkers.

—Morley corrió un riesgo, y para él valió la pena. Ganó mucho dinero con nosotros... Además, debo aclararle que sólo le enviamos dos pedidos. Con el tiempo, Morley habría ganado centenares de miles de dólares con la firma Bronkers, pero tuvo mala suerte.

—Sí, la tuvo porque no se los dejaron ganar.

Bronkers acompañó hasta la puerta a Larry y allí se estrecharon la mano.

Judith estaba en su habitación del hotel cuando llamaron en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Hoja de Sauce, señora Morley.

Judith arrugó el entrecejo. Aquella era una de las chicas de Larry Sutton.

Acudió a abrir.

—¿Qué quieres, Hoja de Sauce?

—¿No está aquí Larry?

—No.

—Necesito verlo en seguida.

—No te preocupes, te lo mandaré en cuanto llegue.

—Es usted muy amable, señora Morley, pero se equivoca. No lo quiero para lo que usted cree.

Judith se sonrojó.

—¿Quieres que le dé algún mensaje?

—Sí.

—Dímelo y se lo daré con gusto.

—Chou está muy grave.

—¿Chou, el que descubrió el cadáver de mi esposo?

—Sí, señora Morley.

—¿Qué le pasó?

—Lo balearon. Tiene dos heridas. Una en el hombro y otra en el pecho. Y se está muriendo.

—Vamos, Hoja de Sauce.

La joven cogió su bolso y salió de la habitación.

—¿Adonde hemos de ir, señora Morley?

—Larry fue a la oficina de la compañía Bronkers.

No les hizo falta ir a la oficina de Bronkers porque encontraron a Larry en el vestíbulo del hotel cuando éste entraba.

—¿Qué pasa, Hoja de Sauce? —preguntó.

La china le contó lo mismo que a Judith.

—¿Quién hirió a Chou?

—No lo explicó, Larry.

—Está bien. Vamos —miró a Judith—. Será mejor que espere en su habitación, Judith.

—No. Yo iré con usted.

—Debe esperar la llamada de las ocho.

—Falta todavía mucho para las ocho. Estoy muy nerviosa. Si me quedo en mi habitación, estallo.

Viajaron en un taxi que abandonaron en la parte media de la montaña y luego subieron por escaleras de piedra muy empinadas.

Entraron en una choza. Chou estaba tendido en un jergón. Un chino viejo curaba sus heridas.

Larry se arrodilló junto al herido.

—¿Cómo estás, Chou?

Chou sonrió.

—No muy bien, patrón, pero curaré.

—¿Quién fue?

—Busqué a los enterradores, ya sabe, a los que se ocuparon de dejar en la zanja el cadáver del señor Morley.

—¿Los encontraste?

—Sólo a uno.

—¿Quién es él, Chou?

—Se llama Yao Ta-Chung.

—¿Fue él quien te hirió?

—Sí. Bueno, le ayudó otro hombre, creo que un inglés. Yo estaba hablando con Yao. Le ofrecía dinero para que hablase, pero entonces apareció el inglés. Sacaron las pistolas...

—¿Los dos?

—Sí. Los dos. Yo eché a correr hacia una ventana. Era un sótano. Antes de escapar me alcanzaron dos veces... por suerte, el agua estaba cerca y me arrojé allí. Creí que me iba a ahogar, pero pasó un junco y me recogieron... Fue así como me salvé.

—¿Dónde está ese sótano?

—No vaya, patrón.

—Sabes que voy a ir. De modo que dímelo.

Chou se lo dijo. El sótano pertenecía a la compañía Shayne.

—Gracias, Chou.

Larry se puso en pie y Chou dijo:

—Eh, patrón, meta la mano debajo de mi almohadón. Encontrará algo que le hará falta.

Larry metió la mano bajo el almohadón y sus dedos tocaron una pistola. La tomó y la guardó en el bolsillo.

—Volveré pronto, Chou.

Larry iba a salir de la choza cuando Judith corrió a su lado.

—Espere, Larry.

—¿Qué quiere?

—No puede hacer eso.

—¿Qué cosa?

—Meterse en la boca del lobo.

—¿Es que no oyó a Chou? Los hombres que conoció en el sótano están relacionados con la muerte de su esposo.

—Pero sería mejor que informásemos al capitán Howard.

—No, no sería mejor. Howard es un policía que ha de tener en cuenta las leyes, los reglamentos y un sinfín de zarandajas. Yo soy un soldado de fortuna y me encuentro en distinta situación.

—Pueden matarlo.

—Eso puede ocurrir en cualquier momento, ayer, hoy y mañana. Ella le puso una mano en el brazo.

—Larry, he estado pensando mucho en todo y sería más conveniente que abandonásemos.

—¿Ya no le interesa vengar a su esposo?

—Nunca me ha interesado la venganza.

—Muy bien. Cambiaré la pregunta. ¿No le interesa que se haga justicia?

—Sí, Larry.

—Eso suponía... Hasta luego. Si antes de las siete no he llegado aquí, ya puede ir a contarle la historia al capitán Howard, y no olvide mencionarle las llamadas del falso Richard.

—De acuerdo, Larry. Buena suerte.

Larry salió de la choza y Judith, desde la puerta, lo vio bajar de dos en dos los peldaños de las empinadas escaleras.

Por un momento cruzó por su mente la imagen de Larry muerto en una zanja, igual que había visto a Richard y la idea le horrorizó. Se preguntó por qué y la respuesta la dejó asombrada. Se interesaba tanto por Larry como cualquier otra mujer, por ejemplo Hoja de Sauce, o Flor de Loto.

CAPÍTULO XI

Larry se introdujo por la ventana de aquel sótano donde Chou había sido herido por las balas que le enviaron un inglés y el chino llamado Yao Ta-Chung.

Manejaba la pistola con la diestra para hacer frente a cualquier sorpresa.

De momento, no vio a nadie.

En el sótano se apilaban un gran número de cajones.

Apoyó los pies en el suelo y se quedó en cuclillas. Ningún ruido vino a turbar el silencio del interior del sótano.

Siguió avanzando.

Al fondo vio una escalera que conducía a una oficina. Tenía una ventana, pero se hallaba a oscuras. En el interior no había nadie. Era un buen momento para inspeccionar la mercancía que había en los cajones.

Encontró herramientas y le fue fácil abrir un cajón. Éste contenía juguetes, pertenecientes a un mismo tipo, muñecos que, mediante un sistema de cuerdas, al ponerse en marcha, tocaban el tambor.

Cerró aquel cajón y abrió otro. Contenía otra clase de juguetes. Muñecas, simples muñecas rellenas de serrín.

De pronto, oyó un ruido.

La ventana de la oficina se iluminó.

Puso la tapa sobre el cajón que acababa de inspeccionar y se escondió.

Pasaron dos minutos, se abrió la puerta de la oficina y oyó voces.

—El envío se hará esta noche.

—Todo está preparado, señor Morgan.

—Quiero comprobarlo como siempre, Jack.

—¿Es que no se fía de mí, señor Morgan?

—No, no me fío de nadie.

—¿Lo dice usted por el chino?

—Entró aquí.

—Pero lo matamos.

—¿Quién me asegura que lo matasteis? ¿Dónde está el cadáver?

—Yao lo alcanzó con una bala y yo también le metí un plomo en el cuerpo. Luego cayó al agua. ¿Cree usted que con dos balas se puede nadar? Ese chino está tan muerto como mi tatarabuelo.

—Está bien, Jack. Voy a admitir que está muerto... Pero comprobaré la mercancía.

Dos hombres bajaron la escalera y se encaminaron a la parte opuesta en que se encontraba Larry.

Allí había cajones que todavía no estaban cerrados. Larry los pudo ver. El que parecía el jefe, el llamado Morgan, era alto y rubio, y el otro grueso, moreno.

El rubio quitó la tapa de un cajón.

—Ya lo sabe, señor Morgan —dijo Jack—. Son las muñecas de ojos azules.

—Sólo quiero ver cómo están puestas.

—En su lugar. Hacia la mitad del cajón.

Morgan sacó varias muñecas y las estuvo examinando. Finalmente, las dejó en su sitio.

—Cúbrelas con las otras.

—Descuide, señor Morgan. Todo irá bien.

—Las cosas se han complicado mucho últimamente.

—¿Se refiere a Larry Sutton?

—Sí.

—Acabaremos con él.

—¿Cuándo, Jack?

—El jefe ha decidido que sea esta noche. ¿No lo recuerda, señor Morgan?

—Sí, pero Sutton es peligroso.

—Dejará de serlo muy pronto, en unas horas.

—Eso espero —dijo el rubio Morgan.

Larry se dejó ver con la pistola en la mano.

—Aquí me tienen, amigos.

Los dos hombres volvieron la cabeza y se quedaron asombrados. El rubio Morgan fue el primero en hablar.

—Eh, ¿quién es usted?

—Adivínelo y se lleva como premio una muñeca.

El gordo moreno que respondía al nombre de Jack habló entre dientes:

—Es Larry Sutton, señor Morgan.

El rubio dejó escapar el aire por entre los dientes.

—Eres un estúpido, Jack. ¿Cómo pudo entrar aquí?

—Estuve vigilando, señor Morgan.

—Si estabas vigilando, ¿cómo es posible que haya llegado al sótano?

—Entró por una ventana.

—Premio —intervino Sutton—. Para ti la muñeca, Jack.

Morgan habló:

—Señor Sutton, quiero hablar con usted.

—¿De veras?

—Acompáñeme a la oficina.

—Oh, comprendo. Es donde usted hace los negocios. —Le conviene escucharme, señor Sutton.

—¿Y por qué cree que me conviene?

—Puede ganar mucho dinero trabajando con nosotros.

—No he venido aquí en busca de trabajo.

—Pero nosotros se lo ofrecemos, Sutton.

—La respuesta es no.

—¿Qué es lo que pretende, Sutton?

—Verá, señor Morgan. Le voy a contar un cuento... Había una vez un chino que era muy amigo mío. Estaba dispuesto a jugarse el tipo por mí, y un día se dejó caer en un sótano y lo recibieron a balazo limpio... Pero por fortuna, él no murió y pudo decirme en qué lugar dos hijos de perra se la habían jugado.

—Un momento, señor Sutton... Ese chino entró aquí clandestinamente, como lo hizo usted. Éste es un negocio privado. Si fue recibido a tiros, fue culpa suya. Usted sabe que Hong-Kong está lleno de ladrones.

—Lo sé, señor Morgan.

—Hemos de defendernos de ellos. Hay centenares de hombres hambrientos.

—Se ha quedado corto, señor Morgan. Hay miles de hombres, de

mujeres y de niños hambrientos.

—Nosotros no somos una institución de caridad.

—No, ya veo que no, señor Morgan. Ustedes forman una institución de contrabandistas.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que ha dicho?

—De contrabandistas.

—Espero que esté hablando en broma, señor Sutton. Tenemos un negocio completamente legal. Ya lo ve. Nos dedicamos a la fabricación y exportación de juguetes. Si tiene alguna duda, puede ver el contenido de los cajones.

—Ya lo vi.

—¿Cuándo?

—Cuando llegué.

—Me alegro de que lo haya hecho. Habrá comprobado que en esos cajones sólo hay muñecos y muñecas.

—Sí, es cierto. Fue lo único que encontré, y me estaba preguntando cómo lo harían.

—¿Qué cosa?

—El contrabando. Y ustedes me dieron la respuesta... Anda, Jack, dame una de esas muñecas.

—Ahora mismo —dijo Jack— y metió la mano en el cajón que Morgan había estado inspeccionando. Cogió una muñeca y se la tiró a Sutton.

Pensó que Larry la alcanzaría con la mano y por eso empezó a mover la diestra hacia la axila.

Sin embargo, Larry se quedó quieto y la muñeca cayó a sus pies.

—Anda, saca y te baleo, Jack.

Jack detuvo el movimiento de su mano y la dejó colgar otra vez a lo largo del costado.

Larry echó una mirada a la muñeca que tenía a sus pies y chascó la lengua.

—No, Jack, no es ésta la muñeca que te pedí. Ésta tiene los ojos negros y yo la quiero con los ojos azules.

Morgan habló con rapidez:

—Sutton, recibirá ahora mismo cinco mil dólares.

—¿Qué más?

—Mil al mes.

—¿A cambio de qué?

—De que preste sus servicios a la compañía Shayne.

—Oferta rechazada, señor Morgan. Ya se lo dije. No vine en busca de trabajo... Anda, Jack, dame esa muñeca de ojos azules y, si a la de tres no me la has dado, te meto una bala en la rótula... Uno... dos...

CAPÍTULO XII

Jack sacó otra muñeca que tiró hacia Larry.

Ahora, Sutton la alcanzó con la mano y le dio la vuelta. Miró los ojos de la muñeca. Eran azules.

—Bien, chicos. Ahora los dos os pondréis contra la pared. Rápido.

Morgan y Jack se pusieron como Larry quería.

—Las manos sobre la cabeza.

Morgan obedeció, pero Jack lo hizo a medias, ya que puso las manos sobre los hombros.

Larry se acercó a Jack, despacio, sin hacer ruido, y le pegó con el cañón en la cabeza.

Jack soltó un gemido y se desplomó sin sentido.

Morgan se volvió rápidamente.

—¿Qué ha hecho, señor Sutton?

—Sólo le pegué porque tenía intenciones de jugármela, señor Morgan. ¿Va a ser usted bueno?

—No tiene que desconfiar de mí, señor Sutton. Sé perder cuando me llega la hora.

—Buen chico.

—Pero no pierdo la esperanza de que usted y yo lleguemos a un acuerdo.

—Ande, póngase como estaba.

—No hay inconveniente —repuso Morgan y volvió a mirar hacia la pared y a poner las manos sobre la cabeza.

Larry cogió, entonces, la muñeca y se acercó a la caja de herramientas, en donde había visto varios cuchillos. Con uno de éstos la rasgó. De la cabeza salió serrín y también de la parte correspondiente al estómago. Entonces separó una pierna de la muñeca y la abrió. No, no era serrín lo que contenía aquella pierna, sino polvo blanco.

—Lo que me imaginaba —dijo.

—¿Puedo volverme? —preguntó Morgan.

—Sí.

El rubio se volvió y vio el polvo blanco que Larry tenía en la mano izquierda.

—Señor Sutton, usted es un hombre de mundo.

—Me han dicho que soy una especie de monstruo. Fue una inglesa muy fea, con gafas y con peluca.

—Estoy informado de sus antecedentes, señor Sutton. Está mal de dinero.

—La verdad es que nunca he estado bien.

—Su suerte va a mejorar, Sutton.

—¿Usted cree?

—Le daré diez mil dólares.

—Eso significa que dobla. Habló antes de cinco mil.

—Quizá no reconocí sus méritos.

—Déjese de tonterías, Morgan. Habló de cinco mil cuando yo no había descubierto la piernecita de la muñeca.

—Necesitamos a un hombre como usted, señor Sutton. Le aseguro que con nosotros va a hacer una brillante carrera.

—Oh, sí, tan brillante que terminaría en el fondo del mar, con una piedra al cuello.

—No, señor Sutton. Nosotros no hacemos eso. No somos asesinos. Somos hombres de negocios.

—¿Y qué me dice de Richard Morley?

—¿Eh?

—¿No lo conoce?

—Oh, sí, Richard Morley. Tuvimos relaciones con él.

—Ustedes lo mataron.

—Fue necesario, señor Sutton. Una firma comercial como la nuestra ha de hacer frente a muchos problemas... Por ello, nos son imprescindibles hombres como usted, con rapidez mental y con arrojo. Señor Sutton, espero que reconsidere su decisión.

—¿Dónde está el jefe?

—Yo soy el jefe.

—No, señor Morgan, usted no es el jefe.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el jefe no se ocuparía de inspeccionar los cajones.

Usted es sólo un encargado, un lugarteniente, o como quiera llamarlo. Además, por si no lo sabe, escuché su conversación con Jack. Hablaron de una persona que está por encima de ustedes.

—De acuerdo, señor Sutton. Existe un jefe, pero él no se preocupa de los asuntos del personal. Es a mí a quien me compete ese trabajo. Yo elijo al personal y lo despidó.

—Usted ha admitido que yo soy un tipo de clase especial, señor Morgan. De modo que merezco que sea el jefe quién se ocupe de mí.

—Está bien.

El rubio echó a andar hacia la escalera.

—Párese, Morgan. ¿Qué va a hacer?

—Voy a la oficina para telefonar al jefe.

Jack estaba volviendo en sí.

Larry se acercó a él y otra vez lo golpeó en la cabeza sumergiéndolo de nuevo en un profundo sueño. Luego, le quitó la pistola, que guardó en el cinturón.

—Listo, señor Morgan. Ya podemos ir a su oficina.

A Morgan no le gustó la forma en que Larry había eliminado el peligro. Sus ojos brillaron intensamente unos segundos, pero, por último, asintió con la cabeza.

—Sí, Sutton. Vamos.

Entraron en la oficina y Morgan se sentó tras de una mesa.

—Señor Morgan, cuidado con abrir cajones. No los necesita para hablar por teléfono. Si abre un cajón, puedo creer que es para sacar una pistola y le enviaré una bala a la nariz.

—No pienso hacer uso de la fuerza, señor Sutton, y nunca me han gustado las armas de fuego. Son peligrosas.

—Correcto. Llame al jefe.

Morgan descolgó el auricular y marcó un número.

—¿Bob?... Aquí Cliff... Sí, todo está preparado, pero ha surgido un inconveniente... El inconveniente se llama Larry Sutton... Sí, está aquí conmigo... ¿Que por qué lo consiento? Porque tiene una pistola en la mano y me está amenazando con ella... Fue difícil el diálogo, pero Sutton ha aceptado nuestra oferta con la condición de hablar con usted. Sí, sí, ya le he dicho que eso es imposible, que yo me encargo del personal, pero él ha insistido en verle... Sí, se lo diré.

Colgó y Larry dijo:

—¿Cuál fue la respuesta del jefe?

—Vendrá.

—¿Cuándo?

—En treinta minutos.

—¿Seguro?

—Sí, señor Sutton.

—Bueno, en tal caso bajaremos otra vez al sótano.

—¿Por qué no nos quedamos aquí?

—Porque allí se encuentra Jack.

—Lo dejó sin pistola.

—Un hombre sin pistola también puede hacer daño... Anda, Morgan, al sótano.

—Como quiera —dijo el rubio y se levantó de la silla.

Fue entonces, cuando intentó abrir el cajón.

Larry saltó sobre él y cerró el cajón cuando Morgan tenía la mano dentro cogiéndosela como en un cepo.

Morgan lanzó un grito de dolor.

—Jugando sucio, ¿eh? —dijo Larry y le pegó con el cañón en el pómulo.

Morgan chilló otra vez y retrocedió hacia la pared. Larry terminó de abrir el cajón y, tal como esperaba, vio dentro una pistola. También la alcanzó y se la puso en el cinturón, junto con la de Jack.

—Eh, como sigan así, me voy a convertir en un arsenal viviente.

Morgan estaba caminando ya hacia la escalera que conducía al sótano.

Larry fue tras él.

Jack continuaba en el mismo sitio, pero se movía soltando maldiciones.

—Sutton —dijo—, esto lo vas a pagar.

—No está bien que hables así de un compañero...

—Señor Morgan, no crea una palabra de Sutton. Estoy seguro de que piensa traicionarnos.

—No, Jack, te equivocas —repuso el rubio—. Ya verás como Larry Sutton se convence de que su futuro está con nosotros...

De repente, Larry recibió un golpe en la nuca. Tuvo la impresión de que el techo le había caído encima. Se volvió lentamente mientras sus piernas se doblaban. Vio delante de él a un chino que

reía.

—Pégale otra vez, Yao —dijo Morgan.

Larry levantó la mano para impedir que el chino le pegase, pero su mano le pesaba ahora una tonelada y otra vez Yao le pegó en la cabeza.

CAPÍTULO XIII

Judith Morley estaba cada vez más impaciente. Faltaban unos minutos para las siete y media y Larry no había vuelto.

Chou, en la cama, era víctima de la fiebre.

—Señora Morley, no espere más... Vaya a la policía.

—Sí, Chou, creo que es lo mejor.

—Vaya aprisa.

—Te enviaré a un doctor, Chou.

—No hace falta. El hombre que me curó sabe más que cualquier doctor de ustedes.

—Pero tienes mucha fiebre.

—Es lógico. Fueron dos balas. Uno de sus doctores ya me habría matado, pero el médico chino sabe lo que se hace... Preocúpese sólo de Larry Sutton. Yo no corro peligro. Se lo aseguro.

—Como tú quieras.

—Suerte, señora Morley.

Hoja de Sauce se había ido poco después que salió Larry de aquella choza.

Judith buscó inútilmente un taxi, y decidió seguir andando hacia la comisaría. Quiso ir de prisa, pero eso resultaba muy difícil debido al gentío que encontraba a su paso.

Consultó su reloj. Faltaban diez minutos para las ocho y a esa hora, ella debía estar en la habitación del hotel.

No, no podía exponerse. Se lo contaría todo al capitán. Si Larry no había regresado, significaba que no había conseguido su objetivo. Hasta podría estar muerto.

Sintió que el corazón le latía con fuerza. Aquel hombre, Larry Sutton empezaba a significar mucho para ella. Era absurdo, pero real. ¿Cuántas veces se había dicho que en la vida era la realidad lo que se debía de tener en cuenta?

Ya estaba cerca de la comisaría. Vio la bandera en la fachada, al

agente que estaba de servicio.

Alguien la cogió por el brazo. Al volverse vio a un hombre de cara redonda.

—¿Qué quiere?

—¿Señora Morley?

—No, no soy la señora Morley —dijo instintivamente.

—No le sirve, señora Morley. Sé que es usted... Va a venir conmigo.

Nunca me dejo acompañar por desconocidos.

—Eso se arregla. Le diré quién soy y asunto concluido... Jack Milton.

—No me dice nada su nombre. Si no me suelta, gritaré.

—No, usted no va a gritar, señora Morley, o le haré un bonito agujero en su bonito vestido. Eso sería muy malo para su bonito cuerpo.

—Está bien. Iré con usted. Pero déjeme que haga una llamada.

—No hay llamada. Vamos, señora Morley. Deje ya las ingenuidades.

Jack la empujó hacia un coche estacionado junto al interior. En cuanto él estuvo a su lado, el coche se puso en marcha.

—¿Dónde está Larry Sutton? —preguntó Judith.

—¿Quién?

—Sabe perfectamente de quién le hablo.

—¿Has oído hablar de Larry Sutton? —preguntó Jack al chófer.

—No, señor.

—¿Lo ve, señora Morley? Ninguno de los dos hemos oído hablar de Larry Sutton.

—¡Lo han matado! ¡Confiéselo!

Jack se encogió de hombros y miró la ventana.

—Señora Morley, nunca debió venir a Little Yong. Usted vivía feliz en San Francisco. ¿Por qué cambio paz de California por esta cochina ciudad en donde sólo viven personas sucias?

—Los hombres como usted la hacen sucia.

—Vamos, vamos, señora Morley, no debe decir esas cojas... —rió Jack.

—Ustedes mataron a mi esposo.

—Siga por ese camino y nos acusará de haber matado también a Hitler.

—¿Qué les hizo Richard? ¿Por qué lo mataron? ¡Dígalos!

—Lo sabrá todo a su debido tiempo.

—Dígamelo ahora.

—No soy la persona que debe informarla a usted, señora Morley.

—¿Quién me va a informar?

—El jefe.

Judith se estremeció. Iba a conocer al jefe de aquella organización, y también la matarían porque nunca la dejarían en libertad para hablar con el capitán Howard. ¿Por qué había confiado en Larry Sutton, en un lobo solitario que en cualquier momento podía ser atrapado?

Ahora comprendió que debía de haber informado de todo al capitán Howard, y con ello, habría hecho el mayor favor a Larry.

El auto entró un portón que fue cerrado en seguida por dos chinos.

Vio un jardín con una pequeña fuente en donde bebían algunos pájaros. La casa estaba al fondo, y justo a la puerta había una gran placa de bronce en la que se leía: «Compañía Shayne. Fabricación de juguetes».

Eso le trajo a la memoria otra vez a Richard. También él había importado juguetes de Hong-Kong.

Pero ¿no había hecho las operaciones a través de la Bronkers? Qué tontería. Hong-Kong era la ciudad que fabricaba mayor cantidad de juguetes en el mundo.

El auto se detuvo y Jack saltó.

—Terminó el viaje, señora Morley.

Judith bajó y Jack la acompañó hasta la puerta de la casa y tocó un timbre. Les abrió una china de grácil figura y bello rostro.

—¿Está el patrón? —inquirió Jack.

—Sí, pero tiene visita. Pueden esperarlo en el salón azul.

Jack tomó del brazo a Judith y la llevó al llamado salón azul.

Había una puerta que daba a una terraza y en ésta Judith vio un gran acuario en donde nadaban peces de bellísimos y centelleantes colores.

—Síntese, señora Morley.

—Prefiero ver los peces.

—Como guste.

La joven salió a la terraza y se detuvo ante el acuario para comprobar las posibilidades que tenía para escapar. A derecha e izquierda había otros dos grandes acuarios que impedían la salida hacia el jardín. La terraza era una celda con aquellos acuarios en los que nadaban infinidad de peces. El lugar de los barrotes lo ocultaban las enormes peceras.

Oyó pasos a su espalda y vio llegar a Jack.

—¿Un cigarrillo, señora Morley?

—No, gracias.

—Le ayudaría a calmar los nervios.

—No estoy nerviosa.

—Eso está bien. En cambio, Larry Sutton... —se interrumpió al darse cuenta de que había cometido un error.

—Y usted decía que no conocía a Larry Sutton... ¿Qué iba a decir de él?

—Que fuma mucho.

—Entonces, ¿no está muerto?

—Todavía no, pero no tardará en irse al otro mundo.

—¿Y por qué lo va a matar?

—Sabe demasiado y quiso hacer el héroe. Señora Morley, nunca debió aceptar los servicios de Larry Sutton. Es uno de esos hombres que nunca se conforman. Le ofrecen dinero y él prefiere estar en la miseria...

Judith se sintió satisfecha al oír aquellas palabras acerca de Larry. No, Sutton no era el hombre que aparentaba ser, un escéptico con respecto al mundo en que vivía. Era capaz de ayudar a sus semejantes. ¿No lo había probado con ella misma y con Chou? Larry no era perverso, ni hipócrita, todo lo contrario, un hombre sincero.

—Quiero ver a Larry.

—No puede.

—¿Por qué no?

—Porque es el jefe quien da las órdenes aquí.

—Muy bien. Quiero hablar con su jefe.

—Ya oyó que tenía una visita.

En aquel momento oyeron pasos procedentes de la habitación y Judith vio aparecer al hombre que menos esperaba. A Richard Morley, su esposo.

CAPÍTULO XIV

—Estás muy hermosa, Judith —dijo Richard Morley. Del rostro de Judith había huido el color.

Morley fue hacia ella, la tomó por los brazos y la besó en los labios con suavidad.

—Sí, soy yo —sonrió él después de beso—. En carne y hueso.

—Pero, no comprendo...

—Nena, el asunto es un poco complicado.

—Quiero saberlo todo, Richard.

—Jack, ¿quieres salir?

—Desde luego, señor Gilmore.

Jack salió de la estancia, no sin antes dirigir una sonrisa a Judith.

Cuando los dos esposos hubieron quedado a solas, ella dijo:

—¿Qué nombre te ha dado Jack?

—Gilmore.

—¿Por qué?

—Porque ahora soy Robert Gilmore...

—Imagino que lo eres desde que saliste de San Francisco. —Sí, nena, ya viajé en el avión con ese nombre.

—¿Y tus documentos?

—Naturalmente, mi documentación estaba en regla, a nombre de Robert Gilmore.

Judith sintió que el corazón le golpeaba muy fuerte en el pecho.

—¿Y cómo te debo llamar yo?

—Bob. Es un diminutivo cariñoso.

—No, creo que no me podré acostumbrar.

—Ya lo suponía. Es duro llamar al esposo por un nombre distinto.

—Por favor, Richard, no bromees ahora. Quiero saber la verdad. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué te cambiaste de nombre? ¿Por qué me

tuviste sin noticias?

—Era necesario, nena.

—¿También era necesario matar a un hombre que se pareciese a ti?

—También.

—¿Quién era?

—Un tipo que trajimos de Tokio, un alemán, Rudolph Jausen. Se parecía sólo un poco, pero después de tres días de estar en una zanja podía pasar por mí, especialmente si se le incluía en el bolsillo mi cartera, y se le ponía una peca. —Richard, yo vine a Hong-Kong,

pero si me hubiese quedado en San Francisco, la policía me habría dado la noticia de que habías sido encontrado muerto.

—Así es.

—Entonces yo habría sido tu viuda.

—Sí, nena.

La joven parpadeó confusa.

—¿Quieres decir que habrías seguido manteniendo en secreto tu existencia?

Richard Morley dejó correr unos segundos sin contestar y ella dijo:

—Tu silencio significa que la respuesta es afirmativa. Yo habría sido tu viuda, la viuda de Richard Morley para siempre. Nunca me habrías anunciado que vivías.

—Lo siento, Judith, pero tenía que ser así. Yo tenía que ocupar un alto cargo, y para ello, me ofrecieron una condición, la de que prescindiese de ti.

—¿Por qué?

—Lo comprenderás en seguida. Me enamoré de ti, Judith. Eso es verdad, y no lo debes dudar un solo instante... Tú eras maravillosa, Judith... Pero en el momento en que nos casamos no podía prever lo que iba a ocurrir más tarde. Yo formaba parte de una organización de contrabandistas. Introducía drogas en Estados Unidos.

—¡Oh, no, Richard!...

—Sí, Judith, me valía de mi fachada de comerciante dedicado a la importación y exportación de mercancías de Hong-Kong,

pero, en realidad, mi negocio consistía en el tráfico de drogas... Yo era una pieza importante en la organización porque me encargaba de la distribución en la zona de California. Entrar en una sociedad como la nuestra es muy difícil y yo llevaba cuatro años en ella. Empecé desde el peldaño más bajo. La sociedad tiene unas ciertas normas que hay que respetar, pero yo pasé por alto una muy importante.

—¿Cuál, Richard?

—La de casarme contigo.

—Explícame eso.

—Es muy sencillo... Yo debía tener en cuenta con qué clase de mujer me casaba... Tenía que ser de confianza, una mujer capaz de conocer la verdadera profesión de su esposo y admitirla...

—Creo que voy entendiendo. No me podías decir que te dedicabas al tráfico de drogas.

—No, querida. Tú no lo habrías soportado. Habrías pedido inmediatamente el divorcio.

—Puedes estar seguro de ello.

—La cosa no tuvo importancia al principio, pero la tuvo después... Yo había probado a la organización mi habilidad. En California todo había ido muy bien gracias a mis cualidades. Nuestra sociedad se componía de ocho miembros. Uno de ellos era el presidente, un hombre llamado Walter Shayne, que vivía en esta casa. Desde aquí dirigía los hilos del tinglado, y, de pronto, Walter Shayne sufrió un ataque al corazón. No murió de repente. Duró un par de días. Por eso, Shayne tuvo tiempo para designar al hombre que debía sustituirle. Según él, yo era el más apto, pero había un inconveniente...

—Yo.

—Sí, Judith.

—Entonces, en lugar de complicar tanto las cosas, pudiste matarme.

—Pude hacerlo, pero no lo hice porque yo tenía que cambiar de nombre, Shayne y los demás opinaron que Richard Morley, con una vida profesional en San Francisco, no debía de ser el jefe. Para el buen éxito de nuestras futuras operaciones, yo debía de tener otra personalidad. Teniendo en cuenta eso, yo era el que tenía que morir y no tú. De esa forma, podrías seguir viviendo. Resulta más

ventajoso para ti que yo muriese.

—Y Shayne ha muerto y tú eres ahora el jefe.

—Sí.

—Debo agradecerte tu delicadeza conmigo.

—Todo el plan salió bien, pero lo echaste a perder viniendo a Hong-Kong.

Debiste quedarte allí, en San Francisco.

—No te preocupes, Richard. Me marcharé en seguida a San Francisco.

—Judith, eso ya no es posible.

Hubo un silencio entre los dos.

Judith dio unos pasos por la terraza mirando las peceras.

—Entiendo. Yo me quedaré a tu lado y cambiaré de nombre. No seré la señora Morley.

—Tampoco es posible —repuso Morley muy serio. Ella lo miró otra vez.

—¿Cuál es la solución del problema que te he creado? —Tienes que desaparecer.

—¿Por qué no dices la palabra exacta? Tengo que morir. —Sí, Judith.

—Richard, ¿hablas en serio?

—Absolutamente.

—Lo había imaginado, pero tenía una pequeña duda, la de que todavía conservases algún recuerdo de nuestro amor. —He dicho que me casé contigo enamorado, pero ese amor ya no existe.

—Tampoco empleas ahora las palabras exactas, Richard. Digamos simplemente que en el platillo de la balanza, has puesto otros valores que superan tu amor por mí. En ese platillo está nada menos que la jefatura de una organización internacional dedicada al tráfico de drogas.

—Así es, Judith.

—Y yo debo morir para que tú sigas siendo el jefe de la pandilla, Robert Gilmore, un fabricante de juguetes que exporta su mercancía a todo el mundo.

—Ya te he dicho que pudiste librarte de este final. Nadie te llamó desde

Hong-Kong.

Fuiste tú la que corriste todos los riesgos. Si te hubieses quedado

allí, la policía te habría informado de mi muerte y, con el tiempo, te habrías casado con otro hombre, tenido unos hijos, formado una familia... Yo te salvé la vida al morir ficticiamente, pero tú no lo aceptaste... Y ahora, ya no puedo hacer nada.

CAPÍTULO XV

—Richard, quisiste matarme. Por eso me citaste en el muelle.

—Sí, Judith, y habría sido mejor para los dos porque nunca nos hubiésemos vuelto a ver.

—Qué descanso para ti, ¿eh, Richard? Si Larry Sutton no me hubieses acompañado al almacén Trinker, aquel hombre de las gafas oscuras, me habría matado y tú hubieses quedado satisfecho.

Richard se miró la punta de los zapatos y Judith prosiguió:

—Como aquel hombre falló, seguiste adelante con tu plan. Tenías que meterme en un ataúd.

—Ya te lo he dicho, Judith, lo enredaste todo viniendo a Hong-Kong y, sobre todo, contratando a ese entrometido de Larry Sutton.

—¿Lo vas a matar también?

—No puedo dejarlo con vida.

—¿Y a cuántos más matarás?

—A todos los que se interpongan en mi camino. —Judith dio unos pasos hacia Richard.

—Entonces también tendrás que matar al capitán Howard.

—¿Por qué al capitán Howard?

—El capitán lo sabe todo.

—No, Judith, no lo sabe —rió Richard Morley—. Tú solo te confiaste a Larry Sutton, y eso quiere decir que empezaste a sentir interés por él... Pero no tiene importancia. Después de todo, según me han dicho, Sutton ejerce una gran influencia sobre cierta clase de mujeres.

—Anda, insúltame, compárame con una cualquiera, di que la mujer con la que te casaste te habría traicionado con un aventurero.

—No sé lo que habría pasado, ni me importa. Ha llegado la hora, nena.

—¿Me vas a matar tú mismo?

—No, yo no.

—¿Y por qué no? Anda, saca la pistola y dispara.

—¡Jack! —gritó Morley.

El hombre que había llevado allí a Judith entró en la terraza.

—¿Sigue vivo Larry Sutton, Jack? —preguntó Morley.

—Sí, es un tipo muy duro.

—Llévate a Judith y acabad con los dos.

—De acuerdo, jefe. ¿No viene usted?

Judith intervino.

—¿Lo ves, Richard? Tu propio verdugo se extraña de que no asistas a la muerte de tu mujer.

—Iré después, cuando todo haya terminado.

—Dime que besarás mis labios cuando sea cadáver.

—Basta, Judith.

—Oh, perdona, estoy hiriendo tu sensibilidad.

—Jack, ¿es que no lo has oído? ¡Llévatela inmediatamente!

—Vamos, señora Morley.

Larry Sutton estaba tendido en el suelo. Sangraba por la boca y por la nariz. Le habían golpeado mucho. Pero estaba simulando hallarse sin sentido.

Yao y otro hombre que respondía al nombre de Lex, se habían encargado de darle una paliza y Morgan había asistido muy satisfecho al castigo.

Yao y Lex miraron a Morgan.

—¿Lo liquidamos ya? —preguntó Lex.

—El jefe ha dicho que debemos esperar. Traerán a la chica.

Larry sabía a quién se referían. A Judith. Iban a acabar con los dos, pero él no podía esperar. Tenía que hacerse dueño de la situación cuanto antes o sería demasiado tarde.

Por fortuna, aquel Yao no le había roto el cráneo. Muchas veces había oído decir que tenía la cabeza dura y ahora se demostraba que era cierto.

Lex pasó por su lado fumando un cigarrillo y se arrojó sobre sus piernas. Los dos rodaron por el suelo.

—¡Cuidado, Yao! —gritó Morgan.

Larry había atrapado a Lex por la cintura y se lo llevó muy lejos dando vueltas, alejándose lo más posible de Yao.

Larry no quería ventilar aquella pelea a puñetazos, porque

estaba en inferioridad de condiciones. Sólo había una forma de salvar su vida y la de Judith. A balazo limpio.

Su mano derecha se apoderó de la pistola que Lex guardaba bajo la axila derecha.

Luego, con la zurda pegó un puñetazo a Lex mandándolo lejos de sí.

Yao sacó un arma, pero Larry no le dio tiempo para que la emplease. Hizo dos disparos. Yao estaba corriendo hacia Larry y retrocedió impulsado por el plomo.

Morgan también había cogido un arma y logró hacer fuego, pero su bala no tocó a Sutton.

Larry volvió a disparar y Morgan fue alcanzado en la cabeza derrumbándose.

Lex había quedado sin conocimiento.

Larry subió rápidamente por la escalera y abrió la puerta.

Vio a Judith que estaba atrapada por Jack, el cual se disponía a servirse de ella como escudo, pero Sutton no le dio tiempo para ello y disparó.

Jack, alcanzado en el pecho, se vino abajo.

Judith corrió al lado de Larry.

—Larry, Richard vive... Es el jefe de la organización.

—¿Dónde está?

—En aquella terraza.

Larry echó a correr y entró en la terraza.

Instantáneamente dispararon sobre él y se dejó caer en el suelo.

Richard Morley estaba a la izquierda y Larry, al quedar de bruces, le mandó una tras otra, las balas del cargador.

Morley fue mordido una y otra vez por los plomos, algunos de los cuales, tocaron la pecera. Ésta reventó cayendo su contenido sobre Morley que ya estaba en el suelo, muerto.

El capitán Howard miró con el ceño fruncido a Larry Sutton.

—Me han aconsejado que te expulse de

Hong-Kong.

—Yo de usted cumpliría la orden, pero entregue un premio a Chou. Se lo merece.

—Quedas expulsado. Lárgate de

Hong-Kong

y no vuelvas.

—Sí, capitán. Descuide. No volveré, pero si alguna vez se llega por Los Ángeles, no se olvide de hacerme una visita.

—¿Vas a residir en Los Ángeles?

—Sí.

—Entonces para cuando yo llegue, ya te habrán expulsado de allí.

—Tengo un amigo en Los Ángeles, y me ha ofrecido trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Guionista de cine.

—¿Tú guionista de cine?

—Capitán, ya lo fui antes... Hice un par de guiones para los de Hollywood, pero me cansé de aquel trabajo y pensé correr las aventuras de mis protagonistas...

—Ya estoy viendo que escribirás algo sobre Hong-Kong, el lugar del mundo donde la muerte resulta más barata.

—Quizá escriba sobre Hong-Kong.

—Y sobre un capitán de policía que parecerá tonto.

Larry se echó a reír.

—No, Howard, eso no. Si saco a Hong-Kong en un guión, dejaré en muy buen lugar a la policía.

Larry y el capitán Howard se estrecharon la mano, y luego Sutton salió de la comisaría y se metió en un coche.

—Al aeropuerto, muchacho —dijo al chófer.

Se inclinó sobre la mujer que tenía al lado y la besó en los labios. Ella hizo algo, le pasó los brazos por el cuello y aumentó la presión del beso. La mujer era Judith.

El destino ofrecía a ambos una segunda oportunidad, y habían acordado que la iban a aprovechar.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

